

EL RETORNO A LA VIDA

*Unos poemas malos de amor,
tres fábulas aceptables,
tres cuentos excelentes
y un manifiesto disparatado*

Valentino

ÍNDICE

NOTA.....Página 4

1. TRES POEMAS MALOS DE AMOR.....Página 10

Vos así lo cisiste
Cuando te conozí
Los amantes bajo'l puente

2. TRES FÁBULAS ACEPTABLES.....Página 22

La multiplicación de los panes, en el reino animal
La fábula del macaco i l'ardilla
Realiti Xou

3. TRES CUENTOS EXCELENTES.....Página 26

L'istoria de Motecuzoma
Moscas el Sicario
La bestia del Baical

1. UN MANIFIESTO DISPARATADO.....Página 46

—oOo—

*Mi alma esta noxe se desborda,
i en su loco éxtasis
intenta acarizarte con el pelaje liso de mis dedos
alzándolos azia'l largo firmamento,
pero ¿no es acaso éste tan espacioso sin llegar a tener un fin concreto?,
yo lo veo aora peceño,
ínfimo,
incapaz de contener Tu Santo Nombre,
O Ja∞,
mi Salvador en acel tiempo
cuando me azotaba con crudeza la tempestad.*

*¿Ce podrían dezirte estos labios
si todos t'an alabado ya, o Padre mío?
Me apeno de saber ce sabios
mejores cosas t'an dixo.
Compadézete, mi Dios,
d'este tu siervo redimido,
ce con lágrimas en los ojos
Te dize: Grazias, o Ja∞, mi Dios,
porce del fondo, la penuria, el polvo i la muerte
m'as sacado vivo.*

NOTA

El siguiente escrito tiene como único objeto el divertimento de los sentidos, como lo anuncia el título mismo –además es como si fuera un suspiro de mi segunda juventud, je, je–. No pretendo con él, por tanto, adentrarme en ningún tipo de poesía ni narrativa existencial, social, ni de cualquier otro «al». Son simplemente palabras nacidas de mi espíritu alegre y a las cuales no quise darles ninguna forma ni encasillarlas en alguna corriente literaria; tampoco considero que lleven el sello del ingenio. Es narrativa libre, del alma, por la satisfacción misma de escribir.

Sin embargo, me he permitido una pequeña travesura –qué conste, para mí uso personal como escritor–, y es la de escribir los textos con un tipo de grafía que, a mi escaso entender, calza mejor con la forma hablada de nuestra lengua. Así, he querido darle el debido valor y categoría gramatical a ciertas «letras» –signos fonéticos consonánticos–, de nuestro alfabeto. Es un juego y una locura mía –aunque no es una observación nada nueva–, lo sé, pero ciertamente lógicas con las circunstancias por las que atraviesa actualmente el Español.

Así, por ejemplo, cuando lean este verso:

*Voi ´ablarte con mi poesía,
ce será simple,
senzilla,
no me apoyaré en formas,
ni en métricas ni simbolojías,
tampoco cuidaré del ritmo,
ni de sus fantásticas cacofonías.*

No se asusten, je, je... O cuando lean este otro:

*«¿Sabés lo c'es el amor?»,
le pregunta.
Ella retrozede,
se asusta,
en disyunta
bajo'l puente.
«¿Cé tenés?»,
exclama
como si estuviera doliente.*

De nuevo, no reculen, je, je. Lo que en verdad ocurre es que he empleado una escala de valores consonánticos que, a mis ojos y raciocinio, es más «exacta» y más «cómoda» para la escritura. Aquí está la escala de valores ya reformada:

–La letra «C» mantiene su valor fonético «duro» en todo tiempo, como en «ca, co, cu»; por ello «ce» se lee «ke» o «que». Ejemplo, en la oración interrogativa:

*¿Por **qué** me sigues?*

En «grafía moderna» se escribe:

*¿Por **cé** me siges?*

Así, todas aquellas palabras que utilizan el sonido «débil» de la «C» –como en la palabra «Decir»– utilizaran de nueva cuenta la letra «Z», que, en España, es el valor fonético que realmente le asignan los hablantes. Ejemplo.

***Dicen** que **cancelarán** el **recital**.*

En grafía moderna sería:

***Dizen** **ce** **canzelarán** el **rezital**.*

–La doble letra «Ch» se elimina y en cambio se emplea la letra «X». Ejemplo:

*Hay **muchas muchachas** en la **choza**.*

Se escribe:

*Ai **muxas muxaxas** en la **xoza**.*

–La letra «G» mantiene su valor fonético «duro» en todo tiempo, como en «ga, go»; por ello «ge» se lee «gue». Ejemplo, en la oración:

*Los **gatos** que giran están en **guerra**.*

Se escribe:

*Los **gatos** **ce** **jiran** están en **gerra**.*

–E igual que con la letra «C», todas aquellas palabras que utilizan el sonido «débil» de la «G» –como en la palabra «Gira»– utilizaran de nueva cuenta la letra «J», que, en España y el mundo hispano, es el valor fonético que realmente le asignan los hablantes. Ejemplo.

***Gerónimo** es el padre de los **gemelos gigantes**.*

Se escribe:

***Jerónimo** es'l padre de los **jemelos jigantes**.*

–La arcaica letra «H» se elimina en todos los casos y tiempos. Realmente hace pasar muchos bochornos a los usuarios de la lengua.

Así palabras simples y compuestas se escribirán sin el empleo de la misma. Ejemplo:

*Hacer = Azer
Hombre = Ombre
Ahora = Aora
Hijo = Ijo
Honduras = Onduras*

–Igualmente son desterradas las letras «K», la «Q» y la «W», por inútiles y superfluas. Así:

*Kilogramo = Cilogramo.
Kenia = Cenia
Kiosco = Ciosco
Whisky = Uisci
Que = Ce
Quesadilla = Cesadilla
Querer = Cerer*

...

Y así al gusto de ustedes y como manda la lógica lingüística humana, je, je, je... Como habrán visto, se permite la utilización de contracciones «'» para evitar el uso excesivo de letras que, en la vida real, no existen sino en el papel escrito. Por ejemplo en este verso:

*«¿Sabés lo ce's el amor?»,
le pregunta.
Ella retrozede,
se asusta,
en disyunta
bajo'l puente.
«¿Cé tenés?»,
exclama
como si estuviera doliente.*

Si vuestro ojo es muy avizor, atenderán que en la primera línea se lee:

*«¿Sabés lo **c'es** el amor?»...*

Donde «c'es» es la contracción de «ce es». Y en la línea:

***bajo'l** puente*

«Bajo'l puente es la contracción de «bajo el». Y en los versos:

*Ella no lo sabe aún,
no entiende **ce'l** joven,
por la tarde,
la 'descubierto...*

En «no entiende ce'l joven», la contracción «ce'l» se origina de «ce el» (ce, conjunción completiva; el, artículo determinante). Y en «la descubierta» esta procede de «la ha descubierta» (la, artículo determinante; ha, verbo auxiliar del verbo principal conjugado en participio *descubrir* = *ha descubierta*), que escrito en grafía moderna sería «la a descubierta». Entonces lo que vemos aquí es la contracción del verbo auxiliar «a» (ha) en la figura del apóstrofo «'» superpuesto atrás del verbo en participio *descubierta*. **Es aconsejable que las conjunciones, preposiciones, pronombres, verbos auxiliares, o cualquier otro elemento gramatical que no sea un verbo primario o principal pero susceptible a la contracción, ante la presencia de un artículo, mantengan su grafía – o categoría gramatical– intacta.** Por ejemplo: –Ce el (Ce, conjunción, el, artículo) = *Ce'l*; –Sobre el = *sobre'l*. Normalmente los artículos son los que sufren la pérdida de su vocales, aunque este principio no es obligatorio. Por ejemplo en la frase, «Ant'estas palabras», se evidencia la pérdida de vocales en la preposición «Ante» y no en el artículo determinante «estas». ¿Por qué? Es vergonzoso decirlo, pero en algo tiene que ver la estética. El determinante «estas» suele asemejarse gráficamente al verbo primario «estar», y como se verá adelante existe un principio, mejor dicho, una sugerencia en relación con los verbos.

Ante los verbos primarios se aconseja contraer hacia atrás del verbo mismo, e.j: –Cé es el amor = *C'es el amor* (Cé, pronombre interrogativo; es, conjugación del verbo *ser*); –El ombre ce escribe = *El ombre c'escribe* (ce, conjunción completiva; escribe, del verbo conjugado *escribir*); –e estudiado muxo (he estudiado mucho; he, verbo auxiliar de *estudiar*; mucho, adjetivo) = *'estudiado muxo* (aquí contraemos el verbo auxiliar «e» –he– en aparición del apóstrofo «'» detrás del verbo conjugado *estudiado*). ¿Por qué debe ser así? ¿Por qué todo puede ser susceptible a contracción excepto el verbo primario? Porque el verbo es la palabra por excelencia, ya que con él se puede expresar una idea completa.

Por otro lado, la *contracción o apóstrofo* es un recurso lingüístico muy utilizado en casi todas las lenguas modernas del mundo y no veo por qué no debería ser empleado por la nuestra. Esto lo explico para que me entiendan cuando me lean, no para que la adopten ustedes –creánme, les causaría un enorme problema, en todos los aspectos–, es decir, es sólo para locos y valientes, je, je.

Como ven, no hay nada de complicado en mi adopción a la «grafía moderna» de mis escritos. Incluso, con la práctica, aparecerán nuevos enigmas, interesantes para su análisis, mas yo los dejaré a los *especialistas*, je, je, es decir, para mí mismo, ja, ja –¿por qué a quién más puede interesarle sino a mí?–. Por ahora, seré mi conejillo de indias.

¿Qué me justifica? Veamos lo que Dios, la Vida y algunos sabios me ha enseñado: para apoyarme citaré al padre de la lingüística, Ferdinand de Saussure. Escuchémoslo:

«La lengua, pues, tiene una tradición oral independiente de la escritura, y fijada de muy distinta manera; pero el prestigio de la forma escrita nos estorba el verla. Los primeros lingüistas se equivocaron en esto,

como antes se habían equivocado los humanistas. Ni el mismo Bopp hace distinción clara entre la letra y el sonido; al leerle, se creería que una lengua es inseparable de su alfabeto. Sus sucesores inmediatos cayeron en la misma trampa; la grafía **th** de la fricativa **þ** hizo creer a Grimm no sólo que ese sonido era doble, sino incluso que era una oclusiva aspirada; de ahí el lugar que le asigna en su ley de la mutación consonántica o Lautverschiebung. **Todavía hoy hombres ilustrados confunden la lengua con su ortografía. ¿No decía Gaston Deschamps que Berthelot había preservado al francés de la ruina porque se había opuesto a la reforma ortográfica?**

»Las causas de desacuerdo entre la grafía y la pronunciación son muchas; vamos a detenernos sólo en las más importantes. Primero, **la lengua evoluciona sin cesar**, mientras que **la escritura tiende a quedar inmutable**. De aquí que la grafía acabe por no corresponder ya a lo que debe representar. **Una notación consecuente en una época dada será absurda un siglo después**. Durante cierto tiempo se modifica el signo gráfico para conformarlo a los cambios de pronunciación, pero luego se renuncia a seguir. Es lo que ha sucedido con el francés «oi»:

Época	Se pronunciaba:	Se escribía:
En el siglo XI	rei, lei	rei, lei
" " " XIII	roi, loi	roi, loi
" " " XIV	roè, loè	roi, loi
" " " XIX	rwa, lwa	roi, loi

»Así pues, hasta la segunda época se tuvieron en cuenta los cambios ocurridos en la pronunciación; a una etapa de la historia de la lengua corresponde una etapa en la historia de la grafía. Pero a partir del siglo XIV la escritura quedó estacionaria, mientras que la lengua seguía su evolución, y desde ese momento ha habido un desacuerdo cada vez más grave entre ambas. Por último, como se continuaba juntando términos discordantes, este hecho ha tenido su repercusión en el sistema mismo de la escritura: la expresión gráfica «oi» ha tomado un valor extraño a los elementos de que se compone. Se podrían multiplicar los ejemplos indefinidamente. Así, ¿por qué se escribe **mais** y **fait** lo que los franceses pronuncian **mè** y **fè**? ¿Por qué la **c** ante **e**, **i**, tiene en francés el valor de **s**? Es porque se han conservado grafías que ya no tienen razón de ser. Esta causa actúa en todos los tiempos: actualmente la antigua **l** palatal francesa [**ll** castellana] se ha cambiado en **yod**; los franceses pronuncian **éveyer**, **mouyer**, como **essuyer**, **nettoyer**, pero continúan escribiendo **éveiller**, **mouiller**.

»Otra causa de desacuerdo entre la grafía y la pronunciación: cuando un pueblo toma de otro su alfabeto, suele suceder que los recursos de ese sistema gráfico no se adaptan bien a la nueva función; entonces hay que recurrir a expedientes: por ejemplo, hay que servirse de dos letras para designar un solo sonido. Es el caso para la **þ** (fricativa dental sorda [**z** castellana actual]) de las lenguas germánicas: como el alfabeto latino no ofrecía ningún signo para representarla, se la representó con **th**.

*El rey merovingio Chilperico intentó añadir a las letras latinas un signo especial para este sonido; pero no tuvo éxito y el uso consagró **th**. El inglés medieval tenía una **e** cerrada (por ejemplo en **sed** 'siente') y una **e** abierta (por ejemplo en **led** 'conducir'); pero como el alfabeto no ofrecía signos distintos para estos dos sonidos se recurrió a escribir **seed** y **lead**. En francés, para representar la chicheante **s** se recurrió al signo doble **ch**, etc. Y todavía queda la preocupación etimológica, que ha sido preponderante en ciertas épocas, por ejemplo durante el Renacimiento. Con frecuencia suele ser una etimología falsa la que impone una grafía; así, se ha introducido una **d** en el francés **poids** como si viniera del latín **pondus** cuando la verdad es que viene de **pensum**. Pero poco importa que la aplicación del principio sea correcta o no: **es el principio mismo de la escritura etimologista lo que es erróneo.***

Gracias, mi querido Saussure. Pero me gustás más cuando decís que:

«Lengua y escritura son dos sistemas de signos distintos; la única razón de ser del segundo es la de representar al primero; el objeto lingüístico no queda definido por la combinación de la palabra escrita y la palabra hablada; esta última es la que constituye por sí sola el objeto de la lingüística. Pero la palabra escrita se mezcla tan íntimamente a la palabra hablada de que es imagen, que acaba por usurparle el papel principal; y se llega a dar a la representación del signo vocal tanta importancia como a este signo mismo.

»Es como si se creyera que, para conocer a alguien, es mejor mirar su fotografía que su cara.»

Y lo que realmente me justifica es el hecho de que soy usuario, pero, más que nada y siendo sincero (no es que me crea un gigoló), es porque yo quiero hablar con la señorita lengua misma –he escuchado que es muy bonita– y no con su fotografía, je, je, je... Saquen ustedes conclusiones de si no tengo derecho, ¿eh? y, cuando se acostumbren a verla de cara, no darán vuelta atrás en su enamoramiento.

Saludos, mis estimados lectores, disfruten de la obrita, corta por este momento (más adelante les daré una que en realidad valga la pena; de verdad, los poemas son malos, y les sugiero que los pasen por alto –los he dejado allí porque, primero, es una broma mía, y segundo, quería ver cómo se comportaba la grafía moderna en ellos–; por cierto, no soy poeta, je, je; sin embargo, los cuentos poseen un estándar alto de calidad; por ahora disfrutemos del experimento, histórico –al menos para mis circunstancias–, si lo quieren ver así); los dejo con esta frase por demás célebre que una vez cantó el genio de Stratford-on-Avon, Shakespeare:

«We know what we are, but know not what we may be».

El Autor



TRES POEMAS MALOS D'AMOR

VOS ASÍ LO CISISTE

(El retorno a la Vida)

Sí, cerida,
asi lo cisiste,
porçe'l día en ce más sangraba mi erida,
vos más la abriste.

Voi ´ablarte con mi poesía,
ce será simple,
senzilla,
no me apoyaré en formas,
ni en métricas ni simbolojías,
tampoco cuidaré del ritmo,
ni de sus fantásticas cacofonías.

Porçe mis palabras,
aunce sanado el corazón de la dolenzia,
ofrezerte este verso como favor,
lejos ya del ardor,
se empeñan en ser escritas sobre la lumbrera.
Son, pues, palabras del alma
no para razonar
sino para ce sepas lo c´es el amar.

Como la urraca,
ce coje una rama por navaja,
prezisa inzision acometiste,
con tus alargados ojos me vistes,
me sopesaste, urraca,
“No valía”, dijiste,
ábil, sagaz i traizionera,
la espalda, riéndote en mi propia cara, me diste.

Ce feliz se escuxaba tu risa,
i tus pasos lijeros de muxaxita
resonaban suavemente en acel blanco i duro pavimento,
en acella larga azecía,
tu mano en la suya,
tu cabeza en su pexo,
mis otrora besos
a su boca llegaban lento,
i acel espectáculo, arpía,

bien montado, bonito i mui de tu gusto,
a mis ojos lo ezenificabas con gran talento.

Ce días esos
en ce me llovía,
bajé a los fondos
del Ades
i su cofradía,
dolía,
sí,
cemaba la piel,
sí,
ardía,
noxes i días,
eternas parezían las oras,
el rostro arrugado zanjó miles de estrías,
el cuerpo,
caído,
sufría,
¡el Infierno
mismo me consumía!

I vos,
urraca,
con tus alas abiertas dezendías,
clavabas tu pico en mis vizeras,
el ígado,
la vesícula,
¡o, ce agonía!

A muxos llamaste i se te sumaron,
mi cara con satisfaxión pisaban,
me escupían,
me insultaban,
“¡E acá el inútil,
el caído bueno para nada!”.
¡A, cuántas maldiziones no atronaron
sobre mi coronilla!

Ja, ja,
De pronto,
¿cé es esto?
Una gigante mano
irrumpe por entre las llamas
desde los zielos,
me atrapa
cuando al Tártaro último voi cayendo.
Me rescata,
me alza,

me dize con dulzura:
“Vení conmigo,
para dar una lexión te tengo”.

Entonzes aziendo,
se abren las nubes,
i'l mismísimo Dios Único diviso.
“Tus pecados t´an sido perdonados,
limpio de cadenas i maldiziones vas a la Tierra,
d´entre todos
mi Adalid sos, el señalado.
No temás más,
ce aora a tu paso los obstáculos caerán
i a tus enemigos,
los Míos cuales fueran,
como bancillo de pies te servirán”.

Me convertí en león,
en devorador.
Mis ojos brillaban como'l Sol,
mis brazos,
gruesos,
crujían de poder,
se me ensanxaron los músculos del pexo
i se me partían las fibras de las piernas al correr.
Mi Dios me transformó en Sansón,
en Eracles,
en Lempira,
“O, cé vigor d´ombre, cé belleza tan masculina”.

I cé dezir de mi bendición,
me envolvió la riceza,
el oro, la plata,
el diamante en bruto,
la seda,
las mácinas
automotrizes
cualquiera me pertenezía,
orlado en la frente de perlas
i mis pies con sandalias d´oro cubría.

Era mi retorno a la vida.

I me viste
de nuevo,
pasear junto a las mías,
frunziste'l entrezejo,
me sonreíste.
Tu corazón se volvió azia mí,

“¡Cé bello!”, prorrumpiste.

Bien sabía yo ce volverías,
ce t'incariás de rodillas,
ce, tonta, por el otro nada sentías,
ce me suplicarías,
lo sabía,
ce te perdonaría,
lo sabías,
ce te daría mi mano,
lo sabía,
ce te ´estrexaría en mi pexo,
lo sabías,
¿ce te azeptaría de nuevo?,
¿eso?,
o sí, bien lo sabías
ce yo sabía
ce lo ce vos más temías
era ce yo sabía
ce no te rezibiría.

¿Por cé?
Antes perdóname´sta inútil moraleja,
cerida mía;
escuxa entonzes mi voz:
El amor verdadero se demuestra
cuando los tiempos malos son,
porcé´n la riceza
asta´l perro instigador te ama,
pero en la pobreza
encuentra uno al ce ziertamente es rico del alma,
acel ce auyenta sabiamente a las arpías,
aunce duela,
i porce,
a fin de cuentas,
vos así lo cisiste,
cerida mía.

CUANDO TE CONOZÍ

Acellos días, ¿por cé ocultarlo?,
pasaban por ser impulsivos,
oscuros,
sin aliento.

I ete ací c´una tarde,
mientras caminaba por entre´l ramaje d´unas uvas silvestres
i sin dueño,

vi una linda carita,
vivaz,
de ensueño,
jugetona
nada arisca,
la Mileto d´acella casona.

¿Ablarle?, me dije.
Me asomé a tu portón,
t´iluminaste,
te platicé,
me respondiste,
t´invité a salir,
“después”,
dijiste.

Renazía con apasionada alegría mi corazón,
pues tras largas jornadas de sal i limón,
finalmente lograba sacudirme´l polvo trájico del sinsabor.
¡A, cé danza la c´ejecuté esa noxe!
Desnudo sobre´l balcón
corría jirando los brazos
estirando los muslos
gritando tu nombre a todo pulmón.

¡O, mi amada!
¡Cé canten, cé canten las benditas estrellas!,
¡I vos, nube, azéme una figura d´ella!
¡Vamos, grillito, cantá, cantá
cantá a mi amor!,
¡i ce caiga también maná!,
por´estoi enamorado
de la mujer más espléndida.

¡Vení ací, murziélagu loco,

bailá, bailá conmigo,
c'estoi embebido,
de amor i no d'otra cosa,
porc'a vuelto a emerjer la providenzia
en las sonrosadas mejillas de mi damisela,
ce acantonada,
entre las ramas d'uvas silvestres
acella tarde de septiembre,
vi,
aziéndome clamar d'amor
¡cé grande fue'l día
en ce te conozí!

LOS AMANTES BAJO´L PUENTE

«¿Me amás vos a mí?»,
preguntó el joven,
cabello largo i liso,
boca anxa,
ojos prolijos.

«Sí»,
contestó ella,
rubia platinada,
estrexa zintura,
cara ovalada.

«¡Jurámelo bajo este puentel!»,
exije casi con enfado.

«Te lo juro»,
sella la de mexas pispileantes,
nerviosa,
abiertos los párpados,
labios amordazados
entre los dientes.

Cae la noxe,
se despiden con un beso,
impetuoso,
suspiran,
él a su cuarto,
ella a su casa, a su cama, pensando.

Suena luego´n teléfono,
su madre la observa,
ríe complazida, sin miedo,
es su ija
la c´abla con el prometido.

«También te amo»,
acaba ella diziendo.
Su madre se levanta,
con poco desgano,
l´abraza,
le soba la cabellera,
le satisfaze un novio así.

«¿Vendrá mañana?»,
pregunta l´anciana.

«Sí, por la tarde, a las tres.»

El joven a comprado
en la joyería
un par de esclavas d'oro i jadeíta,
ce considera'l símbolo de su unión,
de su ilimitado amor carmelita,
de la fusión de su anelante corazón.

Ve su reloj de pulsera:
«Diez minutos para las tres».
Ai tiempo para pasar por la pastelera
i ordenar xocolates,
postres,
los más escisitos
por' esta noxe
a su amada ciere sorprender bajo los riscos.

Antes pasa por su casa,
para lanzarle unas miradas d'espía,
la madre lo odia
i no pocas veces antes le 'aventado objetos desde una silla.

Él, turbado, ve con desagrado
como se aparca un carro
frente a la puerta de su cerida.
Aún no lo sabe,
se incieta,
se esconde,
avista la ezena,
i'l mundo se le viene enzima.

Es ella ce sale,
alegre,
manos abiertas,
zircunda el torso,
rezibe a otro,
con besos i carizias.

Su ojo lagrimea,
su pómulo se inxa,
se enrojeze,
lo acapara la ira.

Alza las esclavas d'oro,
analiza,
¿de cién es la culpa?
¿Tuya o mía?

Cae la noxe,
i baixo'l puente
se encuentra vibrando un lirio.
Llega la de cabellos de maíz,
sonriente tal flor de lis,
ablando de lo bella c' es la vida,
i de lo agradezida c' está de vivirla.

Él joven también ríe,
pero sus labios fluctúan,
se le anuda'l pescuezo,
la mirada está fija,
mete sus manos en la xaceta,
toca un metal frío,
i en vez de palabras
emergen poses d'acabamiento i desvarío.

«¿Sabés lo c' es el amor?»,
le pregunta.
Ella retrozede,
se asusta,
en disyunta
bajo'l puente.
«¿Cé tenés?»,
exclama
como si estuviera doliente.

Su mirada es de fuego,
sus manos pescan el metal brioso,
se inclina azia adelante,
misterioso,
i saca'l joven sus dos esclavas,
las rompe,
no gritará,
aora sabe ce de él no es la culpa.
La ve a los ojos,
ella tiembla,
la toma de la barbilla,
le pone las esclavas rotas en la mano
i contenido le dize:
«Te desprezio.
En tanto ce yo esté vivo,
jamás volveré a ver tu rostro inhumano.»

Se marxa,
sin jirar la cara azia atrás,
para no verla nunca más.

Ella lo sige,
le coje los dedos,

ciere detenerlo,
le promete arreglar las esclavas,
«las roturas son mínimas,
d'oreo,
i con una rápida soldadura
se enmienda asta'l santo óleo;
¿por cé te alejás de mí?,
¿cé te ´exo?».

Se le planta de frente,
intenta besarlo,
abrazarlo,
lo aprieta con fuerza,
i él vuelve a decirle:
«Te desprezio a vos i a toda tu bajeza».

Ella no lo sabe aún,
no entiende cé'l joven,
por la tarde,
la ´descubierto,
i ce conoze lo de su prometido,
i de ce se a jurado
ce nunca más será engañado,
ce su pasado amor
ella misma lo a trucado
por odio, indiferenzia i desprezio.
Va sigiéndolo,
no lo ciere perder,
i le pregunta llorando:
«¿Cé tenés, cé te pasa?».

Él guarda silencio,
va altivo,
cabeza coronada,
comiéndose vivo,
enfurezida el alma,
violento el espíritu.
Ciere llorar,
aprieta los ojos,
le avienta una manotada
l'aze trastabillar.

Ella no tiene miedo ya,
se levanta,
se enfila,
lo insulta,
a uñazos le rompe la piel,
lo trata de cobarde,
de mentiroso, imbévil i cruel.

Ayer fue'l día de la boda,
ella sonríe,
su sonrisa es opaca,
i bien la finje.
Se irá de luna de miel
a las Arubas,
mui lejos del puente,
en tanto ce'l joven de cabellos negros i largos,
a conquistado un nuevo amor,
a la ce besando
l'aze esta pregunta:
«¿Me amás vos a mí?»,
la otra le contesta ce «sí».
L'abraza,
posa la partida barbilla en su ombro,
i en el bolsillo de su pantalón,
para su asombro,
vibra'l teléfono,
lo abre despazio,
cauteloso,
arruga los ojos,
le a caído un mensaje de texto,
de larga distanzia,
número para él nocivo,
uno aze tiempo olvidado i aora mui insolente,
con dibujitos, ce dize:
«Vos i yo,
a perpetuidad,
seremos los amantes bajo'l puente».



TRES FABULAS ACEPTABLES

EL MILAGRO DE LA MULTIPLICACIÓN DE LOS PANES, EN EL REINO ANIMAL

Reunidos los animales en la selva, luego d'una devastadora deflagración, corrió entre ellos, ardiendo como la yesca seca, el siguiente rumor:

–Es el milagro de la multiplicación de los alimentos –siseó la boa–. Lo escuxé dezir al mono cuando éste estaba rindiendo cuentas a los del Club de los Animales de la Copa Alta.

–Ummm... –Era el búo c'escuxaba ezéptico. –A mí me parece c'es la típica paradoja existenzial de la Naturaleza.

–¡No! –lo contradijo el sapo, furioso, desde'l estance–. Nada de paradojas ni de razonamientos retorizados. ¡Es un milagro!

Se vieron cada uno a los ojos. ¡Claro c'abía sido así!, si no, ¿cómo era posible ce la vejetación resurjiera de sus zenizas con tanto brío i premura?

–¿Milagro? –refunfuñó con duro sarcasmo un'abejita c'apenas podía volar por el peso del polen adherido a sus patas–. ¡Milagro mis uevos!

–¡I mis mandíbulas! –gritó un'ormigita ce se enfilaba azia'l estance; sudaba la pobre por el exesivo volumen d'una semilla ce cargaba sobre la espalda–. ¡Ba!

I sigieron ambas su derrotero, una dando pasos lentos i penosos, i la otra zigzageando en el aire. Ant'estas palabras, los demás animales volvieron a verse las caras, ya arrugadas por el descontento.

–¡E allí las palabras d'un par de resentidas! –croacó el sapo, mofándose i a risotadas–. ¡Dedícense a trabajar mejor –las recriminó– i no 'ablar sandezes, criaturas eréticas! –acabó indignado.

Fue una sentenzia demoledora, como subida del mismísimo averno, i con la ce, por vez primera, todos los concurrentes estuvieron completamente de acuerdo.

No existen peores ziegos ce los ce no cieren ver

LA FÁBULA DEL MACACO I L'ARDILLA

Los noctívagos lémures abían cometido un orrendo crimen: salir a cazar en el día. Así ce'l fiscal de la selva, el macaco, los llevó a juicio ante'l majistrado supremo, e'león. Abogaba por ellos l'ardilla.

–Mi acusación está sustentada por la lei del derexo natural –sindicó el macaco, tajante–, ce dize: «El conjunto de reglas emana de la Naturaleza, de todo lo real, i determina la conducta de los animales». Es dezir, es eterna e inmutable. Pido la pena de muerte.

El auditorio entero asintió con la cabeza.

–Si fuera eterna –lo rebatió umildemente l'ardilla–, el ombre no ubiera bajado de los árboles ni construido una casa o una mácina, como tampoco destruido esta selva. Existe lo ce se llama una «lei de cambio, d'evoluzión»...

–¡Es lo más estúpido ce 'escuxado en mi vida! –lo interrumpió el juez felino–. Desde mi pradera sale'l sol i se pone la luna todos los días. Es sufiziente: condeno a los lémures a reclusión perpetua.

Salió entonzes de su escondite un cazador, ce disparó a'león, cojió al macaco, i los metió juntos en una red de liana. L'ardillita, subida en un ramal, sonsacó al macaco:

–¿Aora me creés?

–¡Ni aunce me dijeras ce mañana el mono se convertirá en ombre te creería!

Aferrarse a ideas preconzebidas i fijas, emanadas de la «zona de confort», resulta pernizioso si se ignoran los cambios ce suzeden alrededor. Ai c'estar atentos.

EL REALITI XOU

Al cuervo, ce vivía como productor d'espectáculos en la jungla, se le ocurrió una gran idea; el problema residía en ce, ante la feroz competencia i el bajo retorno de sus inversiones, no sabía cómo llevarla a cabo. Siempre listo, convenzío a sus camaradas silvestres de ce "acélla" serviría a la Academia de Zienzias "para estudiar el comportamiento animal en un contorno mui reduzido, soziolojía, pues", i, lo ce era mejor, sería televisado. "Realiti Xou", les dijo arceando las alas.

Durante la primera semana, los cuatro partizipantes (ver nombres abajo), se dedicaron á alardear frente a las cámaras. Los ratings, ¡arriba!, pero ya el viernes el programa se volvía aburrido.

"Una competencia", dijo'l cuervo. Así, les ordenó ce escalaran las faldas d'un volcán zercano; el primero en llegar al cráter, rezibiría un premio. Arrancó e'león, pero fue superado por el antílope; el elefante, malumorado, cojió una roca i la aventó contra el ventiladero, provocando así una avalanxa. Salvó los escollos el antílope, i cuando estaba a pocos metros ya del cráter, ¡sorpresa!, el camaleón, camuflado de cuerno, le tapó la vista, desorientándolo. El elefante llevaba aora la punta. Airado'l felino, estiró su cuerpo i se le abalanzó, no sin antes xocar contra'l ziervo zegado por el iguánido. Colisionaron i se prezipitaron juntos azia la garganta de la caldera. "Triste", dijo'l cuervo después. "No gané el premio Nones de la Academia, pero sí logré, en cambio i mui alegre, dos MTV Auards, uno como productor creativo i, el otro, como director al mejor programa de televisión".

La avarizia es corruptora de la fidelidad, la onradez i de todas las demás virtudes, i antes de segir tras los pasos d'un terzero o creer ce puedes arañar la Luna fázilmente i sin esfuerzo, piensa en esto: «El provexo d'uno es el perjuizio d'otro».



TRES CUENTOS EXCELENTES

L'ISTORIA DE MOTECUZOMA, EL CONCISTADOR

Motecuzoma era rezió, musculoso, monumental. Se abía criado en el desierto, desnudo, curtiendo su piel bajo'l sol abrasador de los trópicos, luxando a brazo partido contra las bestias. Su fama abía llegado a las jentes de la ziudad de Tlacopán, cienes asombrados por su corpulenzia empezaron a correr la voz de ce se alimentaba únicamente de serpientes. Fue allí donde lo apodaron "Ágila Poderosa". Era un gerrero temible, i su fuerza, fuera donde fuera, era motivo de espanto.

Un día llegó a oídos del soberano tepaneca, Azcapotzalco, el gran Señor de la Triple Tierra, l'istoria de Motecuzoma. El soberano yazía tendido en un'amaca de su residencia veraniega, construida sobre una de las isletas del Lago Sagrado.

–Posee la fuerza del Cinto Sol, Majestad –le dijo en susurros el Teuctli.

–No ai poder ce se compare al de Azcapotzalco –le recriminó molesto'l soberano–. No sabes acaso ce los dioses producen noxe a noxe la savia con ce se alimenta mi poderío.

El Teuctli, desconzertado por las palabras de Azcapotzalco, retrozedió. Con gran tiento, le dijo:

–Muxo me temo, gran señor, c'estos también ayan favorezido a Motecuzoma.

Azcapotzalco se enardezió. Su ira llegó asta'l seno de los dioses. De pronto, a lo lejos, sobre un espinoso magei del lago, un ágila, ce batía con fuerza unas enormes alas, se posó. Azcapotzalco lanzó un juramento. Acel augurio era una invectiva contra su dominio.

–¡Los dioses an de castigarte por tus palabras, Teuctli! –lo recriminó el gran príncipe, volviendo el rostro–. Mas yo los vindicaré. ¡Traéme a Motecuzoma, ce yo mismo lo ofrezaré en sacrificio para aplacar el enojo de las deidades! Ya veremos si es tan invenzible como dizen.

El Teuctli, preocupado por semejante reto, mandó a reunir un ejérsito de mil ombres para atrapar a Motecuzoma. Doze días después, el Teuctli, abrumado, regresó solo del desierto.

Le dijo al soberano ce Motecuzoma abía barrido a sus hombres i ce vendría a vengarse de él, concistando a su pueblo.

La noticia sobre la fracasada expedición i las palabras del Teuctli encolerizaron a Azcapotzalco, i la jente del reino, al enterarse de la tamaño proeza de Motecuzoma, comenzó a venerarlo, asoziando su futura venida con el nazimientto del Cinto Sol.

«O, Teotiuacán, sin mano d'ombre erijida, de tus entrañas benditas nazerá el Cinto Sol», exclamaban, alzando las manos, recorriendo las calles adocinadas de Tlacopán, frente al palazio de Azcapotzalco, atizando más la ira de su soberano.

Al dézimo terzer día d'acella derrota, la puerta prinzipal de los muros de Tlacopán era arrancada de cuajo por las fuertes manos del impetuoso Motecuzoma, cien con la misma oja derribaba a cuanto ombre se le plantara enfrente. Entre muxedumbres gerreras, blandiendo la larga tabla de madera, Motecuzoma finalmente arribó a Palazio. Azcapotzalco lo esperaba arriba, confiado en el favor de sus dioses, instalado arrogantemente en uno de los salones del Templo Mayor.

Motecuzoma vio al gran príncipe cuando éste todavía enzündia la pira. Amarrado a su ex, el Ágila Poderosa cargaba un saco. Se lo arrancó con fuerza i lo rompió en dos. Una a una cayeron a los pies de Azcapotzalco las orejas de sus mil soldados. El príncipe, asta entonzes inalterable, junto al ogar divinizado, jimió d'orror. Sumerjido entre luzes i sombras, Motecuzoma avanzaba; nada podía detenerlo, ni siciera los dioses tepanecas, aora tan flojos i acomodados, pues Motecuzoma abía sido criado por el mismísimo sol del desierto.

–Sos vos el Cinto Sol –le preguntó el soberano con el rostro entelerido, aún disimulado por su soberbia. La estridenzia d'un alarido agileño resonó afuera del Templo, golpeando las marismas del lago, soliviantando sus diminutas olas.

Motecuzoma no dijo palabra. Azcapotzalco, undido en el terror, sorprendido por el abandono de sus dioses en esa ora nefasta, veía estupefacto el advenimiento d'un nuevo poder, uno concistador ce avanzaba inmisericorde para descoyuntarlo. Llamó al Teuctli, pero éste no contestó. Motecuzoma avanzaba resuelto, sediento d'onor, gloria i venganza. A dos pasos de él, Azcapotzalco, el gran Señor de la Triple Tierra, el gran Tlatoani, entendió finalmente lo ce los antiguos escritos del Templo l'abían dixo i advertido por siempre, i entonzes, arrebatado por un grito de cobardía i pánico, se lanzó en sacrificio a las llamas del fuego sagrado.

El Cinto Sol abía nazido.

MOSCAS, EL SICARIO

El Moscas era sicario, i de los más atrozes. Su pelo encanezido le daba una áurea de sabio i bonaxón. Tenía zincuenta años, una mente lúzida, i una singular condición física ce n'abía perdido siciera un ápize de su habilidad juvenil. Era una leyenda viva en el bajo mundo de la mafia. Como la antigua Roma, se dezía ce todas las istorias de muerte i las sentenzias de los moribundos llegaban a él. Zélebres eran sus canzionzitas corrosivas ce solamente él era capaz de disfrutar i su largo pero no menos espeluznante istorial profesional: sus manos abían acabado con la vida de diez mil personas, una muerte al día desde ce comenzó su carrera mortal, descontando los fines de semana, ce ocupaba para desempolvar su viejo *Rol Rois* de los años sesenta. Semejante constanzia le exijía la utilización de los métodos criminales más creativos. Era implacable. Jamás se le cruzó por la mente la palabra «arrepentimiento» i se ufanaba de nunca aber jurado en vano. ¿A cé santo sentarse a llorar por la muerte d'un tipo más imbézil ce yo?, exclamaba, aogándose en una sonrisita torzida, jugando con un puro cubano en la mano, c'enzendía mientras parafraseaba al viejo Carpentier:

«Este fin tuvo l'Arpia/ monstruo de natura orrendo,/ ojalá todos los monstruos/ se murieran en naziendo», i luego dando unos pasitos de baile, lanzando unas grandes bocanadas d'umo abanero, segía cantando: «Por eso yo,/ el Moscas triturador,/ con mi Blown disparando,/ el viaje a la semilla les doi./ La, la, la...».

Así era d'inclemente con sus víctimas el Moscas. Frío i férvido a la vez. En su juventud, fiel a su carácter, se abía enfrentado a los asesinos más feroces del ampa, protagonizando las luxas más espectaculares jamás registradas en las memorias del sicariato. Gran parte de su éxito abía estado zifrado en su estilo acrobático, ce ningún otro asesino ubiera imaginado capaz d'imitar. Sus enemigos, ce se pasaban oras esperando su próximo lanze, caían aplanados del miedo antes ce de las balas por la súbita aparición d'acel demonio ce los atacaba desde los ángulos menos pensados, con una gran rapidez i exactitud inesperadas, zerniéndose como un tenebroso alcón sobre sus cabezas, para luego abatirlos con un zertero tiro en la frente. Eran tan sorprendentes sus ataces, ce pronto los rumores contaban ce tenía un pacto de sangre con el diablo, pues poseía el don de la invisibilidad i l'ubicuidad.

Moscas se reía de todos ellos, por injenuos. Ninguno sabía con ce dureza la vida l'abía enseñado'l arte de matar. De peceño, a los doze años, empezó su carrera como matón. El primero ce sintió el poder de sus balas fue'n primo suyo, crimen cometido a instancias de su propio padre, ombre desalmado ce lo abía echo pasar por el fuego, aziendo jurar al Moscas ce debía vengar la sangre del abuelo muerto a manos de la familia política por un asunto de tierras. En medio d'esta vendeta, Moscas dio sus primeros pinitos, i a zancadas. Así ce cuando un día encontró a su primo en los viñedos de su ermano, jaló el gatillo asta con

orgullo; pero luego tuvo ce uir, forzado por siempre a sufrir los reveses de la Fortuna.

Su padre, como todos en la península, era un ombre ardiente i revoltoso, i rápidamente tuvo c'injenárselas para ocultar al Moscas de la justizia. Lo envió a Grezia, esperanzado en la buena voluntad d'un viejo amigo de parrandas, para ce le diera alberge al mocoso. Pero este amigo, un armador de los astilleros del magnánimo Onassis, al advertir ce'l muxaxito era poco más c'un inválido con las erramientas, dezidió desazerse de él enrolándolo en la marina griega. Entre estos viejos lobos marinos, sibilinos del arte orjiástico masculino, aprendió el Moscas la gimnasia, el arte del vuelo en el viento, ce tanta gloria le daría en lo suzesivo i por la cual le apodarian tan azertadamente *el Moscas*.

Tres años después del embarco, ya convertido en un pendenziero marino, el día de su dezimocinto cumpleaños, navegando zerca de las aguas tropicales del Orinoco, en América, trabajaba el Moscas limpiando el piso del corroído cargero Axones, cuando por segunda vez su latente sed de sangre fue soliviantada. Abía estado barriendo la proa cuando un greco le dio dos nalgadas i le mordió el cuello, pidiéndole uno de sus acostumbrados favores. Esa axión, ce él no abía consentido todavía, lo enfurezió. Ardiente como sólo él era, arrancó el pelambre de la escoba, e izo una lanza d'ella. ¡Tomá maldito! Se la clavó al greco en el pexo, asestándole'l golpe en el mero corazón. Pronto cundieron los gritos de los demás, luego los insultos i'l linxamiento, i'l Moscas tuvo ce saltar del barco. En una acrobazia increíble, abía jirado sobre sí mismo i aventado su cuerpo contra las aguas, escapando de las balas i l'indignación griegas. Fue lo último ce se supo del Moscas.

La desembocadura del Orinoco es mui violenta, tanto es así, c'es capaz de azer zozobrar un buce. I Moscas no escaparía de su furia. Arrastrado mar adentro por la brutalidad de la corriente submarina, milagrosamente, minutos más tarde llegaba a las costas, escupido por las olas, zerca de la selva amazónica. La primera noxe la pasó tirado en la playa, desmayado, mordido por las gambas, i no fue asta la mañana sigiente, cuando, rodeado por unos ombres con uniformes moteados i fusil al ombro, el Moscas se dio cuenta de c'estaba vivo, a salvo, en tierra. Al abrir los ojos, lo primero ce vio fue una bota negra magullándole el rostro enarenado. ¿A ver, cabrón, cé te traés, e?, le preguntó uno de ellos, apuntándole con el arma. ¿De dónde sos, xelito? El Moscas, tosiendo agua, les dijo ce los tripulantes d'un barco contrabandista l'abían dejado a la deriva, molestos con él porce les abía reclamado una repartición más justa del botín. ¡Extranjero mentiroso! Ninguno d'acellos ombres armados le creyó i, exándose a reír, lo agarraron a patadas i puñetazos. Ese abía sido su bautizo en tierras americanas.

Pero'l Moscas no era un tipo ce se dejara apalear fázilmente. En medio del estrépito alcanzó a levantarse i enfrenar a la jauría. Los golpes iban i venían, exitando más el ánimo del Moscas, ce logró arrebatárlas uno de sus fusiles. Eran seis contra uno. Moscas apuntaba. ¡Tenés uevos, zipote!, dijo uno del grupo. Soltá el rifle, ce te vas a venir con nosotros. Te vamos a presentar al comandante Reyes. Guirros como vos son los ce necesita la gerrilla. I d'algo le sirvió al Moscas aber convivido

por tres años entre marinos rudos, peleando i escuxando penas, pues al instante, captando en una mirada los jestos i'l tono articulados por sus atacantes, comprendió ce ya no correría peligro. Bajó el arma, pero sin agaxar la cabeza. Abía sido azeptado por el grupo. Lo amarraron de las manos i los pies con una cadena. Se internaron en la selva i pronto llegaron a un campamento.

Al Moscas lo ce más lo fastidiaba eran los insectos. ¿Sabés manejar uno d'estos?, le preguntó un ombre alto, fornido i trigeño: era el comandante Reyes ce le alargaba una ACA47. El Moscas bajó la mirada. Mirá, le dijo, si vas a empuñar uno d'estos jugetes, ce sea para azer algo bueno, i no pendejadas. Ahora, recargálo contra tu pexo i dispará. El Mosca soltó una ráfaga. ¡Pendejo! ¡No tirés a lo loco! Azélo así, mirá. I salió una bala ce pegó directamente en una semilla de cacao. Me caés bien, zipote. ¿Cómo te llamás? Me dizen el Moscas. ¡El Moscas! Ja, ja. Bueno, Moscas, ahora sos de mi guardia. Yo te voi a enseñar el arte de las armas. ¡Ei, Balafija, vení, ce cierto presentarte al Moscas, es un extranjero! El Balafija abía estado leyendo un libro, sentado en un bancito, con una bufanda cubriéndole el cuello. ¿Sabés, Moscas, cién es este pendejo? Es Balafija, el tirador más grande ce América aya conozido. Balafija rió. Tomó el arma, i se cubrió la cara con la bufanda. Disparó una ráfaga. A lo lejos, cayeron las semillas de cacao. El tiro abía entrado en cada una d'ellas sin romperlas. ¡No fue paja lo ce te dije, e, Moscas! ¿Vistes?

¿Y sabés cé azemos nosotros acá en la selva? Luxamos por la libertad, la igualdad i la justizia. El Moscas lo cedó viendo con suspicazia. ¿No me creés? Mirá, ¿vos creés c'estaría acá dejándome'l pellejo sólo por joder o por azerme millonario? El c'es pendejo cree c'es así. ¡Pero no, papa, la vida es una sola, una sola! ¿I vos creés ce voi a perderla por tirármelas de mártir? Por una razón estoi acá, i no por una buena. Mirá, vos sos extranjero, de la península, i creo ce me entendés. ¿Vos creés c'es bonito estar allá afuera, en las calles de mi pueblo, viviendo en carne propia'l dolor de la jente ce se muere de ambre, enfermedad i violencia? ¿Vos creés c'es bonito? Te pregunto. ¿I cién creés ce tiene este estado de cosas así? No vayás a creer ce yo. Son esos perros ce todo lo cieren para ellos, un grupito peceño ce vive como la realeza británica a expensas de la miseria i el trabajo d'esa jente umilde. Si ellos, los burguesitos, están bien i rebosan de felicidad, luziendo sus carros de lujo i pantalones de marca, pues cé bueno, me alegro, pero entonzes ce no lloren si yo me atrevo a citarles lo ce por derexo, como ombre, también me corresponde.

El Moscas pasó un buen tiempo en la selva, perfexionando su arte, pero descreyendo día a día de las palabras del comandante. Balafija izo de él un exelente tirador. Pero Moscas no dejaba d'asombrarlo con sus acrobazias. ¿Dónde diablos aprendiste a volar, guirro? Sos espectacular. ¿Azéme esa pasada otra vez? I'l Moscas se dejaba caer desde la copa d'un árbol, para luego detenerse en una rama, dar vueltas en ella, i tocar el suelo con las armas desenfundadas. ¡Te parezís a esos personajes locos d'Alejo Carpentier!, le dijo Balafija un día. Desde entonzes Moscas no aría otra cosa ce leer i rezitar las obras de Carpentier, otra

de sus peculiaridades ce lo aría famoso con el tiempo. I de éste pasó a Garzía Márquez, d'allí a Galeano, para acabar leyendo a Lenin. Como c'esas lecturas le ayudaron un poco, porcé'l año ya salía a combatir en las incursiones gerrilleras contra'l Ejérsito, i pasado otro más, el comandante Reyes lo azendía al puesto de negociador, asignación ce lo facultaba para azer tratos con los sozios de la gerrilla, i por ende a abandonar por días la selva. En una d'estas negociaciones conozió el Moscas a unos ombres bien vestidos i perfumados ce le prometieron asta'l zielo con tal de ce trabajara con ellos. Me debo a mi jente, les dijo con dignidad al prinzipio. Pero una vez ce sus ojos se toparon con un fajón de billetes verdes, se vio obligado a reconsiderar la oferta. No faltó muxo para ce éstos llegaran después a concistarlo con un "regalito". El embrujo fue instantáneo.

Su vida como sicario profesional comenzó el día en ce le encomendaron la muerte del gran Cassini, temible exterminador italiano ce por poco deja a la mafia descabezada. Moscas cumplía diezioxo años, i se abía fugado de los campamentos gerrilleros conduziendo'l timón de su nuevo *Rol Rois* de lujo ce'l señor industrial Valdivia l'abía regalado. Aora estaba'l servizio de la mafia. Se abía mandado ázer unos trajes al corte inglés, además de comprarse unos leotardos negros i un arsenal bélico de última tecnología c'ocuparía para sus cazerías. El Moscas no podía ya quejarse de la vida, i una sola era l'idea c'espoleaba su mente: Cassini.

Cassini le doblaba en edad al Moscas. Se dezía de él c'era elegante, ce tenía suerte con las xicas, c'era un conversador amable, jeneroso, pero c'era mortalmente preziso i frío. Nunca ponía un pie en las calles de la ziudad si no era para matar. Su ambición por el control i'l poder l'abía llevado a matar a sus propios jefes i luego a las cabezas visibles de la mafia. Era famoso, la estrella de rock del sicariato, pero temido. I Moscas abía sido contratado para lícitarlo. Valdivia l'abía tomado ojeriza a Cassini porcé éste l'azía una dura competencia en las exportaciones de aparatos eléctricos piratas. El Moscas abía sido avisado ce Cassini se reuniría con otros mafiosos en la instalaciones d'una fábrica del zentro de la ziudad. Éste siempre andaba acompañado de sus otros sicarios i'l Moscas tendría ce lidiar también con ellos. Así ce'l Moscas se instaló en una ofizina abandonada del edificio d'enfrente. Esperaría la llegada del auto de Cassini i empezaría a disparar con su rifle desde la ventana.

Seis oras abían pasado, i'l Moscas segía apostado frente a la ventana, esperando la llegada de Cassini. Ya podía ver el auto aparcándose en la calle, frente a la fábrica, cuando ajustó la mira. Se abrió la puerta delantera dextera, luego la izquierda d'atrás, i por último, la dextera. Sale un ombre, no, no es él, luego otro, tampoco es él, i la pierna larga i elegante del ombre esperado se aze presente. ¡Es él! Se acomoda, fija el objetivo..., i'l frío metal d'una *Mágnun 4.40* le astrinje la sien. ¡Es el propio Cassini cien le apunta a la cabeza! El Moscas jira lentamente su rostro i ve a los ojos del verdugo. La mirada es fría i plena. ¡Tonto! Aca-bo d'asesinar a tu jefe i aora vengo por vos. Tu plan a sido desvelado. El Moscas se levanta despazio, suelta'l rifle, i suda copiosamente. Cassini

ríe. ¡Si sos todavía un niño! Lástima grande ce tenga ce despaxarte. Cassini recoje'l brazo para soplar el cañón de su arma, cuando el Moscas, aprovechando este descuido, se lanza por la ventana. ¡Demonios!, grita Cassini, ¡El bastardo escapa! Moscas vuela, i en su caída se aferra a un cable d'electricidad, ce se rompe, i xoca de lleno contra'l pavimento, en un golpe amortiguado.

Cassini corre por las escaleras, baja los oxo pisos en un tris, i sale a la calle. Ai musedumbres de jentes i autos, i es casi imposible buscar algo en medio de tanto alboroto. Suenan los cláxones, la jente abla a gritos, los mendigos claman, las ratas se esconden en las alcantarillas, i de pronto, por enzima del texo d'una camioneta gris, con la velocidad i prezisión d'un jinasta asesino, jirando, con los brazos i las piernas abiertas en una ecis rotatoria, el Moscas aparece surcando los aires, desenfundando sus dos pistolas. La jente grita d'admiración, i luego'l estupor de Cassini ce no podía creer lo ce veían sus ojos. Retrozedió, pero fue inútil, demasiado tarde. Estruendos, gritos, llanto, i un cuerpo abatido sobre'l pavimento: dos balazos, uno detrás del otro, se abían abierto camino por la misma frente. El Moscas abía triunfado.

Fue'n inizio glorioso, i en los sigientes treintidos años el Moscas nunca conozería la derrota. Sus enfrentamientos eran la comidilla de la mafia zitadina i del mundo entero. Se contaban istorias increíbles, como acella en la ce abatió desde un aeroplano al diablo Gonzáles, o la otra en la ce, empeñado en alcanzar al no menos zélebre Porfirio el Anfibio, c'escapaba d'una emboscada en mar abierto, se metió en el cuerpo d'un torpedo, se izo disparar, lo alcanzó i terminó por undir la lanxa del desgraziado sicario. El Moscas era un trabajador incansable. Sus trucos podían contarse por montones. El sicariato l'abía exo rico i poderoso, pero no por ello se daba'l lujo de descuidarse fisica i mentalmente. Al contrario, el Moscas parecía c'entre más años sumaba más rejuvenecía. Pero, como Cassini, no pudo resistir la tentación del poder. Debido a su gran habilidad, se engrandezió, fundó negocios de ropa i címicos ilegales, i mandó también a paseo a los grandes de la mafia. Tenía poder, pero muxos enemigos i sentenzias de muerte. En los últimos días se abía corrido la voz de ce los poderosos del norte abían contratado un francotirador misterioso, invenzible, ce pondría fin al reinado violento del Moscas.

Pero el Moscas se las sabía todas. Los soplones l'abían informado cabalmente todo lo relazonado con el atentado. Sabía dónde i cuándo lo emboscarían. Casualmente, ¡vaya sorpresa!, el sitio escojido para su ejecución era el mismo donde, treinta años atrás, él abía abatido a Cassini. Ya no abía ofizinas en el edifizio, sino camas. Era un otel. Esto, dezía él, es mi gran ventaja. Conozco el lugar, las condiziones, salvo al enemigo. ¡Por San Simón! Las tengo casi todas de ganar. Pero me intriga ese francotirador, un completo desconozido, ¿cién será? Jamás escuxado una palabra sobre él. Viene del norte. El Moscas, antizipándose al enemigo, se ospedó en el otel un día antes, en una de las abitaciones del último piso. Por la noxe l'abandonó i subió a la terraza. Veía las nebulosas del zielo, i se dejaba azotar por el viento, recordando sus terribles días de juventud, ce parecían nunca acabar, diziéndose a sí

mismo c'en esta vida sólo los ce no azen nada no se ecivocan. I él se ab-ía ecivocado al morderles la mano a sus amos. ¿Pero cé otra cosa podía azer? Él tenía derexo a la buena vida i a su propio espazio. ¡Por las blancas galaxias, Carpentier! Amanezió. Como'l ágil, observaba la llegada de los clientes al otel. Al filo de las onze, advirtió la llegada d'un ombre ce cargaba un maletín largo i estrexo. ¡Te tengo! Moreno i bien formado. Mentalmente, midió cada una de las axiones del tirador. Se lo imaginó yendo a lobby, llenando los formularios, al botones señalándole l'abitación, i luego montando el ecipo de tiro junto a la ventana.

Las doze en punto. Abajo, el ombre en azexo, con el ojo en la mirilla, i arriba, el Moscas se dejaba caer desde'l octavo piso en picada libre. El misterioso francotirador vio pasar una sombra a través de su mira, i disparó. Pero erró el tiro. El Moscas segía cayendo, milímetro a milímetro, surcando'l vazío, asta ce se enganxó d'una barra metálica ce salía d'una pendiente del edificio. Jirando i jirando sobre su eje, se impulsó con su propio peso, i salió volando, desde abajo, en direxión al balcón donde se encontraba apostado su adversario. Iba con las piernas juntas i la espalda arceada, desenfundando automáticamente sus armas, cuando entró por la ventana, disparándole dos balas en la frente al francotirador. Éste último cayó pesadamente en el suelo, como si fuera una masa inerte de concreto. Moscas aterrizó en posición d'atace, d'inojos, con el cañón de sus pistolas todavía ardiendo. Su trabajo abía concluido. L'abitación, encortinada, estaba en sombras.

Sin prisas, se incorporó, guardó sus armas, dio media vuelta, i, caminando, se azercó al cuerpo del ya anicilado enemigo. Con la pierna derexa, introdujo'l pie bajo las costillas del ombre, i lo volteó. Los balazos abían dado justamente en el blanco. Una tarea fázil i limpia. ¡Pero por un momento los ojos del Moscas se abrieron desmesuradamente! El ombre, el francotirador misterioso, tenía una máscara roja de metal adosada en el rostro. Las balas no abían podido azerle ningún daño, i aora éste, sonriendo macabramente, lo apuntaba de lleno con una Finger Spirit 9mm. ¡Te ´cojido! Azes de luz rebotaban sobre'l cromo. Moscas, como un demonio de la noxe, desaparezió de súbito aziendo cabriolas en el aire, alejándose unos cuantos metros de la amenaza. El francotirador se levantó, cuadrándose ante él. ¡Estás perdido, viejo!, le dezían esos ojos zentellantes d'enerjía detrás de la máscara, ¡Rendíte! ¡No azés más ce'l ridículo con tus estúpidas maromas!

El Moscas no se arredró. Su cuerpo i espíritu todavía rebosaban de fuerza i juventud. Asta aora, nadie abía podido venzerlo, i las exepciones no existían en su vida. Sería solamente una cuestión de tiempo. ¡Bromeás, muxaxo! Ambos se cedaron viendo fijamente, calculando el uno los próximos movimientos del otro. Moscas abía advertido ce la máscara limitaba el campo visual del francotirador, reduziéndole su radio de axión, por lo ce a éste le sería difizil detener sus arremetidas acrobáticas. Una exelente oportunidad para emprender un atace fulminante. A la velocidad del rayo, empezó a elevarse del suelo en una serie de movimientos gimnásticos, dando vueltas de campana al viento, desviando con ello la atención de su contrincante, al tiempo ce sacaba sus dos pistolas de la zintura. Ya las tenía en las manos, con los dedos en el

gatillo, listas para azerlas estallar, cuando de presto se detuvo brusca-mente en el espazio. Su respiración se contuvo.

Abía sido cojido del cuello por el francotirador de la máscara roja, ce lo atenazaba vigorosamente, enjestándolo por lo alto con su poderoso brazo, incommovible en medio de l'abitación. Del pulgar de su mano, emergía una larga uña de plata ce se introducía lentamente en la yugular del Moscas, ce gruñía, pataleando i con los ojos desorbitados, muriéndose de la asfixia. Un excremento ensangrentado empezaba a salir de su boca.

–Mejor cantáme una canzionzita, Moscas –le dijo riéndose el francotirador.

Sujetado en lo alto, como un trofeo de caza, i las venas inxadas a punto de reventársele en el pescuezo, Moscas, caídos los brazos atrás de la espalda, parecía entrar ya en estado de inconziencia. Unos xorritos de sangre salpicaban la máscara. Fue entonzes cuando'l francotirador lo lanzó por los aires. Moscas, al sentir el roze del viento en su cuerpo, por instinto animal, despertó i, empuñando sus armas, apuntó derexa-mente azia'l objetivo.

¡Pum, pum!

Se izo'l silenzio. Luego unas carcajadas de victoria inundaron l'abitación. La explosión d'un zerillo arrojaba xispas por todos lados, alumbrándole el rostro, mientras el puro abanero cojía fuego. ¡Siempre es lo mismo!, se dijo dando unos pasitos azia delante i atrás. ¡A, mi cerido Carpentier! Me encantás, me encantás. Como vos siempre dezís:

«¡Ánimo, pues, caballeros,/ ánimo, pobres idalgos,/ miserables, buenas nuevas/ albrizias, todo cuitado./ Ce'l ce ciere partirse,/ a ver este nuevo pasmo,/ diez naves salen juntas/ de Sevilla este año...!/ Arriba,/ es el Campo Estrellado/ blanco de galaxias».

El francotirador se citó la máscara roja para saborear mejor el puro, al lado del cuerpo endurezido del Moscas, en cuya frente se dibujaba un gran agujero. Sorbiendo con fuerza del zigarro, izo unos zirculitos d'umo, i se agaxó cedamente para susurrarle estas palabras al oído: «Aora, mi cerido Moscas, ya tenés el boleto para ce agás tu ansiado viaje a la semilla».

Dixo esto, arrojó el puro enzendido sobre'l cuerpo del Moscas, i sin inmutarse, pensando en lo torpe ce abía actuado por aber dejado sin comer a sus perros, se marxó a cobrar el xece; antes abía enzendido una candela amarilla frente a la ventana, arrodillado i suplicado por redención a su santo, puesto ce no podía olvidar ce, dentro de treinta años o mañana, bien podría él ocupar e'l lugar del ajustiziado. «El crimen paga», susurró colocándose'l escapulario en el cuello, «pero asimismo, sin miramientos, mata».

En la calle, un grupo de curiosos corría presuroso azia'l otel, gritando, urjidos por avisarle al dueño del edifizio ce una de las abitazio-nes ardía furiosamente en llamas.

LA BESTIA DEL BAICAL

El día 15 d'enero de dos mil siete, luego de realizar unas investigaciones en el subsuelo del valle de los emperadores en Méjico, tras un incomodo viaje de tres oras en un viejo bimotor Tucano, aterrizaba yo en l'isla de Roatán, en el Caribe zentroamericano, cuando rezibí l'alerta d'un correo de voz en mi zelular: «Mi estimado Bruno Colono, es urgente ce te contactés connigo. Tu presenzia en Moscú tiene carácter obligatorio. Llamáme lo más pronto posible para cordinar tu llegada con el personal de la Soziedad d' Investigaciones Marinas. Tu amigo, Dimitri Pavlovix».

Efectivamente, era la voz eslava, potente e impensablemente lírica, de mi amigo Dimitri. Recordé ensegida los días de juerga en tierra rusa, embebidos de vodca i mazurca en las cantinas de la graxeveca¹, donde solíamos rezitar los poemas de Puxkin i reírnos a carcajada batiendo por la grazia de los cuentos d'Afanisiev. ¡I cómo olvidar a la dulzísima Olesia, esa novia tan perfecta, una barbie, ce dejé con el mayor de mis pesares en casa del patriarca Abramovix! Fueron mis mejores tiempos. En esos fabulosos días, Dimitri i yo abíamos exo exploraciones en los rifts del Atlántico, financiadas por el gobierno ruso, cartografiando los fondos abisales, midiendo sus profundidades, para dar paso a las instalaciones de cables de fibra óptica ce conectarían a ese país con el resto del mundo. I lo ce's más sorprendente, abíamos exo estas inmerciones con la ayuda d'un antiguo batiscafo, el Tresler, una relicia de los tiempos del gran Piccard.

Apenas desembarcé en el aeropuerto de Moscú, el personal de la Soziedad me rezibió. Uno de ellos era'l señor Sviatoslav Xernov, miembro del Comité Zentral, exelente jeólogo marino, i'l señor Yuri Camcov, submarinista espezializado en arceolojia marina. «Binvenito», me saludó Xernov con su español d'escuela, dándome un beso en la mejilla. «Iá jaraxó ravariú pa rússci²», le contesté con una sonrisita. Camcov, sorprendido, se exó a reír i, abrazándome, me dio otro beso. Les pregunté por Dimitri, i otra vez rieron: «¡O, Pavlovix, on miédlnna guliáit!³», refiriéndose a la pasmosa trancilidad con ce mi amigo suele enfrentar las cosas.

Llegamos al edificio de la Soziedad, una verdadera obra maestra d'arte arcitectónico barroco, i pronto mis ojos se toparon con los de Dimitri, cien me esperaba, recostado i con los brazos cruzados, a'lado d'una arcaica escafandra metálica –¡nada más i nada menos ce la famosa “mácina idrostatergática” de Fréminet!–, fumándose un zigarrillo. ¡Estás ante un monumento!, le señalé. ¡En Rusia todo es monumental!,

¹ Barrios empobrecidos.

² “Yo hablo bien ruso.”

³ “Ah, Pavlovich, él siempre anda con calma.”

me devolvió el saludo afectuosamente Dimitri: «Cac dela?»⁴, i levantó las zejas, tendiéndome la mano. «Normalna»⁵, le respondí, i nos abrazamos. Pasamos a una sala de juntas. En medio de rollos cartográficos, compases i medidores, Xernov tomó la palabra.

—Señores: bienvenidos. Dejaré a un lado los formalismos i expondré sin tapujos el objetivo de nuestra misión: desvelar el misterio ce rodea las desapariciones de barcos en el lago Baical, situado al sur de la Siberia. Ese será el objeto de nuestra tarea, i estos son los motivos ce nos mueven a realizarla: El Baical, cuya riceza ecológica es extraordinaria, es, además, una de las mayores fuentes jeneradoras de riceza económica de la rejión. Desgraziadamente, en los últimos dos años, una serie de naufragios, inexplicables, an azotado a las embarcaciones comerciales ce lo navegan, auyentando a los comerciantes, industriales e inversores, provocando con ello una depresión financiera local ce tiene aflijido al Gobierno ruso, cien ve con tristeza un declive terrible en la captación d'impuestos. Estando las cosas así, el Gobierno, por medio de l'Armada, a contratado los servicios de la Soziedad d'Investigaziones Marinas, para ce'l misterio sea desvelado d'una vez por todas.

Todos asentimos, en verdad agradecidos por las juiziosas palabras de Xernov.

»Se nos ´asignado un fondo estatal para ejecutar dexas investigaziones. I lo primero ce se me a ocurrido a mí, grazias al consejo de mi amigo Dimitri Pavlovix, es contratar los servicios del señor Bruno Colono, reconocido ozeanógrafo, de cien conozco a la perfexión sus trabajos. La materia d'estudio es vasta, señores, pues el Baical, con sus 1,600 metros de profundidad, compite fázilmente en profundidad con cualciera de los mares del mundo. Las monografias del señor Bruno Colono sobre'l fondo marino nos aorrarán gran parte del trabajo redundante en nuestras indagaziones. Esto justifica su presenzia en el ecipo. Exploraremos, entonzes, la fisura continental, llamada "la Fosa del Baical", sísmicamente activa estos últimos años, así como las grandes formaziones de roca ce descansan en el lexo marino, sospexosas de poseer propiedades altamente magnéticas, i sus posibles efectos sobre las embarcaciones».

Abía estado tan conzentrado escuxando las palabras de Xernov, ce no abía advertido ce Dimitri, gran afizionado al buen vodka i las mujeres, me abía estado giñando un ojo, aziéndome muecas con la boca, "Na zdoróvie, na zdoróvie"⁶, señalándome con el pulgar i'l dedo índize la direxión d'un conozido bar ubicado atrás de la Plaza Roja. "¡Tost, tost!"⁷, parecía dezir con exijenzia. Pero me negé, cería ir a descansar. En l'abitazión, estudié los informes de la Soziedad sobre los fenómenos, i no me sorprendió saber ce, según su hipótesis, culparan a la continúa actividad sísmica de la fisura continental por las catástrofes. En otros, responsabilizaban a los vientos uracanados ce arrezian en la temporada d'otoño. Ubo uno de sus reportes ce me llamó la atención: el ce trataba

⁴ «¿Cómo estás?»

⁵ «Bien.»

⁶ «¡Salud, salud»

⁷ «Brindemos, brindemos»

sobre las grandes formaciones de roca, supuestamente de magnetita, asentadas cerca de la fisura. Recordé los trabajos de Bierlitz sobre el Triángulo de las Bermudas, en los que proponía que las desapariciones en ese lugar se debían principalmente a la existencia de un intenso campo magnético. Me preguntaba: ¿cómo podría la fuerza magnética inutilizar un barco, haciéndolo naufragar? En el Baikal, imposible. ¿Los vientos uracanados? Posible. Pero estaba claro que la actividad sísmica era la causa.

Al día siguiente partíamos en tren desde Moscú al sur de la Siberia. Iba hablando con Xernov y Camcov sobre el lago, y éstos me explicaban que su edad podría situarse entre los 20 y 25 millones de años. Por increíble que esto parezca, su largo sedimento marino, de 31,500 kilómetros, jamás se había visto afectado por ningún glaciador continental. «Sin embargo», dijo Camcov, «Lo que la naturaleza nunca estropeó, el hombre en menoscabar no tardó: desde la década del cincuenta, una planta procesadora de pulpa de madera y celulosa no ha cesado de contaminar el lago con sus desechos tóxicos; y por otro lado, las nuevas técnicas de pesca, por demás bárbaras, en las que se utilizan hasta bombas para atontar a los peces, han comenzado a destruir irremediablemente su vida, con la consecuente pérdida del hábitat marino. El Baikal, antes lleno de vida y riqueza, mi querido Bruno Colono, ahora muere agónicamente». El tren seguía su marcha. Antes de llegar al lago nos detuvimos en Buritja, en el sureste, y luego en Oblast, al noroeste, hasta que finalmente llegamos a Irkutsk, a orillas del Baikal. El panorama era fantástico, la representación del Paraíso en la Tierra, adornado por un magnífico conjunto de montañas cubiertas por la taiga, en cuyos largos senderos podía verse el rastro de los osos. Entre las 22 islas del lago, sobresale la de Oljón, defendida por dos emergentes titanes rocosos, hogar de la única foca de agua dulce, la nerpa.

Elejimos a Oljón como nuestra base de operaciones. Para las labores de inmersión, la Armada nos prestó un buque de auxilio submarino, el A-40 Nereida, de 53 metros de eslora, y un sumergible autónomo, el Ictíneo 2000, de zinc eléctrico, equipado con cuatro reflectores, dos sonares – uno para exploración y el otro para tipificación –, cámaras de video, brazos, y una cabeza independiente del cuerpo de la nave. Integraríamos la tripulación del sumergible Dimitri y yo, en tanto que el A-40 Nereida sería capitaneado por Xernov, asistido en el mando por Camcov. Con el Nereida, y el Ictíneo en remolque, empezamos a explorar el lago desde la superficie, utilizando primero el sonar y luego el radar tridimensional SAR. Fijos los ojos en los instrumentos, Xernov me aturdió con una confesión: «Voy a decirte algo, Bruno, ya estamos en la hora de la verdad: Mira, vos, yo, y todos en este buque, no estaríamos aquí si la Armada no estuviera tan interesada en encontrar y recuperar un mini-submarino, el Seejund, que se perdió en estas aguas no hace siquiera una semana. Esta tragedia le ha costado ya el puesto al general Jennadii Socolov». Me cedí paralizado por la sorpresa. «¿Querés decir, Xernov, que no estamos aquí para investigar sobre las causas que provocan estos naufragios?». No, Bruno, la Armada ha perdido este minisub dotado con arsenal nuclear, y desea recuperarlo. «Esa es la verdad, amigo, y te lo he dicho para que no busques en

vano por el fondo lacustre. Si te sentís engañado, Bruno, i cerés marxarte aora mismo, no te detendré». Ladeé la cabeza. Me enfurecí i dejé escapar una sarta d'insultos.

Me enzerré en uno de los compartimientos del barco. Estaba furioso. ¡Por cé no me abías dixo la verdad antes! ¡Temiás acaso ce no azeptara tu propuesta desde'l prinzipio! Estaba desilusionado porce los objetivos de la misión abían cambiado, ¡en realidad nunca abían existido! Unos toces resonaron en la puerta. Era Dimitri. ¡Pasá! «Mirá, Bruno, sé c'estás mui molesto. Pero nezesito tu ayuda. Para mí no se trata del minisub, sino de la rejión del Baical. Los naufragios la'n empobrezido. Velo d'esta manera, Bruno, si encontráramos el Seejund, podríamos determinar con exactitud las causas ce orijinan estas catástrofes. ¡Vamos, ombre, uníte al equipo!». Cavilé un buen rato. Al final, las palabras de Dimitri me convenzieron. ¡Está bien, te ayudaré! Volví a la cabina. Xernov segía ocupado viendo por la pantalla del radar tridimensional, en tanto ce Camcov observaba por el sonar. Pronto aparezieron en ambas pantallas las grandes formaciones rocosas. ¡Están zerca de la fisura!, dijo Xernov. ¡Tendremos ce bajar a inspexionar! Preparamos el ecipo. Bajariamos Dimitri i yo. Nos vestimos con nuestras escafandras i abordamos el sumerjible.

Con el Ictíneo 2000, nos undimos bajo las aguas cristalinas del lago. Deszendíamos. Zincuenta metros, zien metros, burbujas, nerpas nadando, dozientos, trezientos, un banco de pezes omul, ¡pronto llegarán a la cota de los cinientos, Bruno!, seizientos, ochozientos, los pezes golimiancas xocan contra los vidrios de cuarzo, ¡mil trezientos metros! Bruno, detenéte. ¡Enzendé los reflectores! Sonar uno i dos activados. Rezepción de datos. Estamos a trezientos metros de las formaciones rocosas, a un paso de la fisura continental. Columnas d'aguas termales brotan violentamente del fondo.

—¿Traduxión de datos, Dimitri? —Éste se acomodó en la silla—. Velozidad, estática. Posición, 53°5'9"N, 108°2'34"E. Profundidad, mil trezientos metros. En resumen, todo a las mil maravillas, Bruno. Podemos avanzar.

Nos dirijimos azia la enorme grieta, una enorme fosa ce parecía ender las entrañas de la Tierra; buzeábamos graziosamente en las profundidades como un pezezito tigre en su pezera, ansiosos por cruzar las grandes masas de piedra ce nos obstaculizaban el paso. Nadábamos con cautela. De repente, el Ictíneo 2000 se sacudió impetuosamente.

¡Por un demonio, Dimitri! ¿Cé ocurre?, pregunté. No lo sé, Bruno. Cizá sean los efectos de la turbulenzia sísmica. Esperá. Mirá la pantalla del sonar, ves ese punto, se mueve, ¡es una roca gigantesca! El sismo l'abrá soltado d'alguna escarpa. Bruno, apuntála directamente con el reflector; pareze rodar por el lexo i venir azia nosotros. ¡Maldición, el alcance d'este foco es mui corto! Esperemos a ce se azerce rodando. Bruno, ¿podría su fuerza magnética alterar el funzionamiento de la nave? ¡Es una roca colosal! No lo sé. Algunos teóricos como Bierlitz aseguran ce sí, ce podría aturdir los mecanismos eléctricos, aziéndola naufragar, pero... Nos la tendremos ce jugar, Dimitri, es nezesario dar con el paradero del Seejund. El Ictíneo volvió a estremezarse.

—Está ya a doientos metros, Bruno, justamente debajo de nosotros.

—Bruno, vení, azercáte. Observá el radar uno. ¿Ves esos otros puntos allá, en el fondo, zerca de las formaciones de granito? ¿Los ves? Creo ce son restos de embarcaciones...

—¡Eureca, Bruno! ¡Es un zementerio marino!

«Bruno», escuxé por el audífono, «Soy Xernov. No entrés a la fisura. Volvéte. El sonar me indica ce una gran masa se azerca a ustedes. Esto no me gusta. ¡Esperá! El SAR me dize c'esa cosa empieza azender del fondo abisal. Va'zia a ustedes. ¡Lárgense d'allí en este momento, Bruno! ¡Es una orden!».

«Vamos, Xernov», le contesté, «No es más ce una roca. Nosotros ya emos detectado sus movimientos por medio del sonar dos. D'exo, ya la estoi apuntando con los reflectores. No te preocupés, ombre, dejános investigar, ce ací todo marxa bien. Por ziertu, dezíles a los de l'Armada ce vayan aflojando la xecera. Emos encontrado un zementerio d'embarcaciones. No tardáremos en localizar al Seejund».

Segía apuntando perpendicularmente. ¡No se ve nada, Dimitri! ¡La gran roca se azerca, Bruno! ¡A zien metros! ¡Apuntá, apuntá más abajo! ¡Segí apuntando con los reflectores! Saca aora la cabina autónoma de la nave para captar mejor la imagen. Ésta se eleva despaziosamente en medio de las burbujas. Listo. Focos en posición.

«Bruno», volví a escuxar por el intercomunicador, «¡No te lo estoi pidiendo de por favor! Regresá. No sabemos cuánta potencia magnética pudiera estar conzentrada en esa piedra. No deseo perder el Ictíneo. Es un ecipo caro. Enviaremos una sonda para c'investige los restos de barcos. Volvéte. ¡I es una orden!»

«Está bien, Xernov. Como vos digás. Volveré a la superfizie».

¡Cién entiende a los rusos! Dimitri, aziende. A unos cuantos metros de la fisura continental, a dos pasos del zementerio d'embarcaciones, sentía, azerbamente, ce'l Seejund se me escapaba de las manos. Pero pudo más la curiosidad. Volví a apuntar con los reflectores. Por desgrazia, la iluminación interna del Ictíneo reflejaba nuestras propias figuras en los cristales, impidiéndome tener una visión clara del exterior. ¡Maldizió! Apoyé el rostro contra los vidrios elados, encombando las manos, i descubro, sobresaltado, una ajitación por entre las aguas fulijinosas. ¡Es la roca azercándose!, pensé inmediatamente, ¡No tendremos tiempo para evitar el impacto! ¡Dimitri! Me serené. Nezesitaba d'un juicio más moderado. Volví a llamar a Dimitri, pero esta vez calmado. Vení a ver esto, amigo. ¿Cé ves? Nada. ¿No detectás cambios en la corriente idrotermal, cizá una lijera turbulenzia? No. Esperá. Dejáme observar detenidamente. Sí, aora creo c'empiezo a verlo bien. ¡Por Dios Santo, Bruno! ¡Unas fauzes monstruosas se abalanzan contra la cabina! ¡Es un monstruo marino! ¡Apagá, apagá los reflectores! ¡Nos devora!

Era una enorme serpiente marina ce nos engullía en una fugaz bocanada. ¡Nos devora, Bruno! Dimitri perdió el control, i, gritando en la oscuridad, me pedía c'iziera algo. Podía escuxar sus pasos alocados colisionar contra las sillas, aterrado por la entrada d'un lícido verdoso a

la cabina, en tanto c'unos olores irrespirables nos asfixiaban. Yo segía pulsando la radio, tratando de contactarme con el Nereida. Fue'n balde. Desesperado, no sé me ocurrió otra cosa ce pisar el azelerador de las élizas al máximo. Éstas, cortantes, trozándole la lengua, izieron ce la bestia nos escupiera.

«¡Xernov, auxilio, Xernov...!», alcancé a gritar por la radio, pero un coletazo nos aventó de golpe al fondo de la fisura.

Íbamos cayendo vertiginosamente azia'l núcleo terrestre, seguidos por acella inmensa sierpe; Dimitri cayó de bruces sobre los controles, golpeando su cabeza contra los instrumentos. Enzendí los reflectores pero los volví a apagar, procurando oscurezer la visión de la dragontea, pero fue'n vano. Otro coletazo. Salimos disparados como una bala. Durante'l trayecto, ésta parecía jugar con nosotros, enrollándose en lanzes rápidos por el sumerjible, a la vez ce se desdoblaba para seguirnos por detrás. Abría descomedidamente la boca, enseñando sus filosos dientes, dándole golpazos a la cabina. Ya se aprestaba a devorarnos otra vez en una boconada, cuando el Ictíneo ingresó en una de las tantas grietas del fondo. Por su talla ciclópea, no pudo entrar. Se revolvía afuera tan frenéticamente, aporreando los bordes de la endidura, ce varias rocas nos cayeron enzima. El Ictíneo volvía a zarandearse, vibrando exesivamente por la presión del agua, casi a reventar.

Estábamos perdidos en la oscuridad de la caverna. Entre tanto alboroto, lo primero c'ize fue atender a Dimitri. Luego revisé los instrumentos i'l panel de control. Los daños no llegaban a graves todavía, mui a pesar de la tunda. Enzendí las élizas del Ictíneo. La nave segía temblando. Cise comunicarme con Xernov, pero l'antena de radio estaba dañada. ¡Demonios! Las rocas habían dejado de caer, i la sierpe, cansada, terminó por marxarse, azendiendo. A salvo, me dije. Dimitri despertó. ¡Bruno, es la bestia del Baical! ¿La bestia? Sí, la de las leyendas mogolas... Calmáte, Dimitri. Estás golpeado. No te preocupés más, ya no está acá, se marxó, sube.

¿Sube? Sí, uye a refugiarse en su nido, cizá esperando nuestra salida del subterráneo. ¿Sube, Bruno? Sí. Esperaremos. Pero calmáte. Intentaré contactar con la superfizie para ce vengan a rescatarnos. Entonzes me acordé de ce'l animal era un devorador de barcos. ¡Por Dios, Dimitri, tenés razón! ¡Se dirige azia'l A-40 Nereida! ¡Xernov! ¡Morirán engullidos! Arrancé la nave i me dirijí rápidamente azia la superfizie, con la esperanza de avisar a Xernov sobre l'amenaza ce lo azexaba. Si llegábamos a tiempo, toda la tripulación del Nereida se salvaría de morir devorada. Dimitri trepidaba. Tirándose a la silla, se exó a llorar.

Remontábamos los metros azeleradamente. Mil, setezientos, cuatrocientos, la cota de los dozientos, zien metros, zincuenta, i ya emergíamos de las aguas, con las gotas rodando por los vidrios de la cabina, cuando ante nuestros ojos, sin ce todavía pueda creerlo, la pitón marina enroscaba su cuerpo a lo largo del buce, constriñéndolo, amordazando la popa del Nereida i empujándola azia'l fondo del lago. Dimitri pegó un grito d'orror. Xernov, Camcov, i la tripulación entera se undieron bajo las aguas tragados por la cimera lacustre. Impotente, con los puños en el timón, lloré desconsolado. Dimitri estaba fuera de sí, i me pidió ce

uyéramos azia la vertiente del río Angara, donde encallamos en una de sus orillas. Un sentimiento de culpa i revanxa se apoderó de mí. Pero era imposible azer algo. Era imbatible.

El misterio del Baical abía sido desvelado, pero la misión fue´n rotundo fracaso, i´l caso del Seejund fue engavetado en los arxivos azules de l´Armada. El Gobierno tampoco creyó en nuestros informes, burlándose de nosotros. ¡Cómo en el siglo XXI podrían existir criaturas del mesozoico! En cambio, crearon una zona de paso restrinjido en medio del lago i vetaron la navegación en los días d´otoño, cuando arrezian los vientos. Esto izo ce Dimitri, frustrado, sucumbiera ante´l alcol. Ya arruinado, no zesaba d´ablarme de Xernov, Camcov i de todos los pecados ce lo atormentaban, perdiéndose en monólogos vazíos i lastimeros. Intenté ayudarle, pero éste se enfurezía i me atropellaba. Dejó de rezi-birme en su casa i nos distanziamos un buen tiempo. La experiencia fue dura para ambos. Dejé Rusia i volví a mi ogar, Zentroamérica, mui adolorido por las zircunstanziyas.

El invierno zentroamericano comenzaba, estábamos en junio. En uno d´esos días, regresando d´unas exploraciones en los yazimientos petroleros de la rejión del Cabo de Grazias a Dios, en la Moscitia, aterido por la lluvia tropical, una llamada cayó a mi zelular. Era Dimitri. Su voz, de por sí idílica, exizaba: «Bruno, amigo mío, e aprendido a superar mis miedos. Estoi preparado para acometer una nueva empresa. Aca-baré con la bestia del Baical». Nada en la vida me a enervado tanto los pelos como esas palabras de Dimitri. Deliraba. «Lo tengo todo listo, amigo. Todo el ecipo. Pero, sabés, aora ya no bajaremos en el Ictíneo (los malditos de l´Armada creen c´estoi loco) sino ce´n un batiscafo. ¿Recordás el Tresler? Se los sacé prestado a los de la Fundazi3n Ozeánica Rusa. Nos debían ese favor». Aora eran mis miedos los ce me abrumban. De plano, me negé. Lo siento, Dimitri, pero no puedo. Es imposible venzer a la bestia en su propio ábitat. «Vamos, Bruno, no me abandonés. Nezesito tu ayuda». No, Dimitri. Tu empresa lleva´l estigma del fracaso desde´l prinzipio. Suponéte ce bajaras al fondo, ¿pero i cé? ¿Cómo la destruirás? «¿Cerés saber cómo? Veníte a Sibirscoje, a casa de Prascovia Cuznetsova, calle 12 Cemerovo. T´estaré esperando». Dimitri, tal vez desciziado por el alcol, rayaba en la locura. Lo siento, amigo, pero no t´acompañare en esta monomanía. Adiós.

Pasaron varios meses desde acella absurda conversazi3n, i me olvidé de Dimitri i de todo lo ruso. I acellos ojos azules en cabelleras d´oro dieron paso a los ojos marrones del maíz de mi tierra. Incluso, ¡los años pesan!, me comprometí con una linda campesina, del Oxidente, ce me recordaba muxo a mi madre. Viajaba semanalmente de San Pedro Sula a Brus Laguna, plenamente imbuido en mis estudios petrolíferos, i ya gozaba d´una vida convenzional, cuando, ¡ai, ese bendito ‘cuando’!, rezibí un email en mi laptop. Dezía: «Mi estimado Bruno Colono. Le escribe Mijail Lébedev, nieto de la señora Prascovia Cuznetsova. Lamento comunicarle ce nuestro amigo Dimitri Pavlovix a fallezido trájicamente en un axidente de fragata, mientras surcaba las aguas del Baical. Su última voluntad, expresada a mi honorable abuela, fue ce le avisáramos a usted en caso de ce ocurriera un exo funesto, como desgraziadamente

acontecido. Mis sentidas condolencias, señor Bruno Colono. Firma, Lébedev. *P.d. El batiscafo i la máquina idrostatergática serán devueltos a sus propietarios, a cienes emos notificado ya. Éstos, amablemente, nos an prometido ce vendrán a recojerlas dentro de tres semanas*».

Lloré amargamente la muerte de Dimitri. I fue todo lo ce pude azer. No me enfrentaría a esa bestia marina de 60 metros. ¿Cómo vencerla? Era invencible. Estaba claro c'abía sido perturbada en su propio hogar. ¿No l'abían enfurecido acaso los contaminadores del lago i los bombardeos de los pescadores? La paga del pecado es la muerte, como gustaba dezir Dimitri, zitando los proverbios del Libro Santo. ¡Demonios, déjenme en paz! Ahora mis noxes eran infernales. Soñaba con Dimitri emergiendo de las aguas, acariziándome con sus manos abiertas i cubiertas d'algas, señalándome'l pueblo de Sibirscoje. I también con el rostro de Xernov, comido por los omules, batiendo su cijada en un jesto d'agudo dolor. En otras, era la calavera de Camcov ce se me aparecía a'lado de la cama, dándome la ubicación del Seejund, el minisub artillado con misiles nucleares. Enloquecía. Debía acabar con la sierpe o acabar con mi vida.

Partí a Sibirscoje una semana después del email. Estaba decidido a enfrentar mi némesis. Me daba igual si perdía la vida o no. Vivir era'l Tártaro mismo. Di con la calle Cemerovo i con la casa de Cuznetsova. Me recibió Lébedev. Ablamos, le explicé el asunto, i me llevó azia una bodega. «El difunto Pavlovix dejó esta carta para usted», dijo alargándome un papel sellado. L'abrí. Se leía: «Bruno cerido, acá tenés el batiscafo i la máquina de Fréminet, usálos, t'ayudarán en muxo. Pedíle a Lébedev ce te lleve azia unos cajones c'están arrinconados en una escina de la bodega. Abrílos. Una vez me preguntaste cómo destruiría a la bestia. E aí mi respuesta. Firma, tu amigo por siempre, Dimitri Pavlovix. Un beso». Segí cabalmente las instruxiones. No podía creer lo ce veían mis ojos. Escondidas en el eno de los cajones, brillaban, fulgentes, las ojivas d'unos misiles. ¡Finalmente diste con el paradero del Seejund, Dimitri!, exclamé sorprendido. Me puse a trabajar ensegida, auxiliado por Lébedev, e ize algunas reparaciones i adiziones al batiscafo, además de soldarle los misiles en ambos lados. Con la ayuda d'un amigo de Lébedev lo remolcamos asta'l lago. Ya en sus aguas, me embutí en la escafandra metálica, ize ce me socaran los tornillos i lo abordé.

Antes l'abía alcanzado una carta para mi novia a Lébedev. No dejés de enviarla, amigo, por favor. Zerré la escotilla. Una cosa me preocupaba: el sumerjible no era autónomo i dependía del barco en la superficie; en cambio, la sierpe era asombrosamente ágil. La luxa sería mui desigual. Bajaba. Zien metros, dozientos, i contando, ¡la cota de los mil trezientos metros! Enzendi los focos. Las cordilleras se alzaban justo enfrente de mí, tupidas de bosce marino i esponjas coralinas, i ya descendía por entre unos torbellinos d'agua vaporosa, cuando'l batiscafo se estremezió violentamente. ¡La bestia se azerca! ¡Los temblores no zeshaban! Es su paso mortal. Pero me ecivocé: era la presión del agua ce azía estragos en la cabina. Los tornillos de los portillos se aflojaron por la presión, i xorros d'agua empezaron a inundar con fuerza'l interior. Todo temblaba, el panel de control, las palancas, los vidrios de los me-

didores, ¡todo! i sin parar. La antigüedad del bajel i'l uso exesivo me pasaban la factura. Yo me sostenía aferrado del timón, pensando en ce no sería'l reptil cien me destruiría sino ce'l batiscafo mismo. Sin su protección, yo no podría resistir la compresión i moriría. ¡Cé tonto e sido por seguir los consejos de Dimitri! Mis ánimos decaían. El agua segía filtrándose. Buscando entre los repuestos, tropezé con un tubo de silicón ce, ilusamente, creí me ayudaría a mermar los daños, ya irreparables.

Corría d'un lado a otro, pasta en mano, sellando los bordes, tapando los torrentes d'agua, con la cara pegada a los vidrios, sudando de la aflixión. Una pizca de silicón cayó en mis ojos, ¡a, arde!, los froté, i entonzes pude verla rujiendo sordamente en las frías aguas, exhibiendo sus aguzados dientes a través de la ventanilla. Atolondradamente, me enganxé del timón, e intenté apretar los botones ce axionarían los misiles, pero la serpiente le pegó un coletazo a la nave. I esta última, sujeta al barco por una cadena, empezó a desplazarse d'un lado a otro, sin freno, como si fuera un péndulo endemoniado. Tratava de devorarme, lanzando sendas dentelladas, pero pifiaba por la rápida traslazión. Se ajitaba furiosa, ondulando su largo cuerpo, ávida por asirse del navío, abriendo las fauces i dándole golpes a los vidrios de la cabina. El movimiento de traslazión no azía otra cosa ce aumentar el caos adentro, desbaratándolo todo pieza por pieza. Primero fue la élize, desde donde salió un gran xorro d'agua ce me golpeó atrás de la espalda, aventándose sobre los reguladores. Luego la escotilla zedia, a punto de estallar. Los vidrios se rescebrajaban i algunos segmentos eléctricos saltaban en pedazos sobre mi cabeza. Crujía. Desconsolado, acabado anímicamente, me exé a sollozar en la silla. ¡El fin!

Pero no para la bestia. La rápida traslazión menguaba. ¡Una dentellada más i me devora!, dije tristemente. Apenas ube dixo estas palabras, cuando vi sus grandes bocazas ante mis ojos. ¡Me engullía! ¡Grité, grité, orrorizado, agazapado en el piso del compartimiento! Zambullido, lícidos verdosos i blancuzcos envolvían el batiscafo, derruyéndolo todo alrededor. Los discos musculosos de la garganta lo constreñían con tal fuerza, ce'l techo empezó ´acoplarse contra'l piso, a metro i medio de la muerte por aplastamiento, mientras caía gradualmente azia las entrañas, repleta de ázidos sulfúricos. Enzendi los tances d'oxígeno de mi escafandra. ¡Ya no ai más ce azer!, pensé resignado. Únicamente aría más lenta la agonía. Esperaría a ce'l oxígeno se acabara i de seguro ce luego dormiría un sueño profundo, eterno. ¿Es esto la muerte, Bruno? ¡Vaya, no difiere en muxo d'exarse a dormir en la cama! Me abandoné en la silla. La nave segía axicándose, i yo nadaba en secreziones repugnantes. Unos minutos después, ya asfixiado por la corrosión de los fluidos, unas corrientes d'aire i agua me sacudieron. ¡Abre la boca!, exclamé atribulado, ¡Sube i baja por la superfizie! ¡Lébedev! ¡Será inmolado por el leviatán! Mis ánimos se recalentaron. Entonzes me acordé de los misiles. Sujeté el timón de la nave i apreté los botones. Nada. Ninguna descarga. ¡O, Dios! Imploraba en vano. Apreté una i otra vez, enlocecido, gritando con desesperación, ¡muere maldita bestia, muere maldita bestia, i muere conmigo!, asta ce perdí bruscamente'l sentido. Sentía, en mi subconziente, un alivio i una paz indescriptibles, envuelto en una

luz resplandeziente. Finalmente me abía encontrado más allá de mí mismo, unido con el Todo Total.

Recuerdo ce antes del desmayo escuxé un gran estruendo. Lébedev dize ce me recojió flotando en medio del lago, protegido por l'armadura, perdido'l conozimiento. ¡Fréminet t'a salvado, amigo!, bro-meó. Agregó c'antes abía visto nadar al enjendro por enzima de olas tan altas como los cuatro metros, aproximándose arrebatadamente a demoler el barco d'arrastre. Subía i bajaba por la superfizie, con las grandes fauzes abiertas, cuando estalló bajo las aguas, despedazada. I'l dezir esto último se saltaba'l suzesu, gritando, feliz d'estar vivo, dándome besos en las mejillas: ¡la pozdravliaiu tebia, ya pozdravliaiu tebia, Bruno!⁸

Abía sido'l fin del misterio del Baical. Pero'l comienzo mediático del lugar. Era tan increíble l'istoria d'un ombre de metro setenta luxando contra un monstruo no menos ce sobrenatural, ce'l Baical entró en su época de Renazimiento. Los turistas lo abarrotaron, los comerciantes florezieron i l'industria naviera resurjió de sus tragedias.

En cambio a mí, la experiencia no zesó d'atormentarme toda la vida, aparte de ce no me dejó un zentavo en los bolsillos. Segía soñando con Dimitri, Xernov i Camcov, pero éstos aora aparezían más umanizados en mis pesadillas, ora consolándome, ora aconsejándome. En cuanto a Lébedev, se izo rico firmando exclusivas para la prensa. Volví a dejar Rusia, mas esta vez recordándola i amándola más ce nunca.

Varios meses abían pasado desde acella aventura siberiana, i en estos días de verano, en plena Semana Santa, mientras disfrutaba de mis vacaciones en el refugio natural de vida silvestre Jeannette Cawas, en las costas d'Onduras, junto a mi amada, leía en el periódico la siguiente notizia:

«22 de marzo de 2008. Sidnei. Australia. AFP. El navío *Lord of the Sea*, ce cubría'l trayecto entre las islas Fidji i Australia, fue atacado por una Medusa Gigante d'aproximadamente 70 metros de lonjitud. Ante'l pedido d'auxilio de la embarcación, un remolcador fue'n su ayuda i tuvo ce utilizar dos potentes mangeras d'agua a presión para expulsar al esperpento de la cubierta».

Luzía, mi novia, al verme tan conzentrado en el artículo, i sintiéndose groseramente desatendida, se me azercó reclamándome: «¿Cé te pasa, Bruno, estás asta pálido? Bien sabés ce me cae mal ce leás andando conmigo». Me agarró desprevenido. Le dije unas cuantas palabras de disculpa, torpes al fin i'l cabo, pero francas, al tiempo en c'una llamada azía sonar escandalosamente mi zelular: «Bruno Colono? It's Matthew Porthmouth, from the Australian Maritime Institute. We need your help to fin...»

⁸ «Te felicito, te felicito, Bruno».



UN MANIFIESTO DISPARATADO

EL MANIFIESTO D'UN FICTIZIANO

Yo, Valentino, ziudadano, desde´ste momento me sublevo públicamente contra´l orden establecido en Fictizia, i en este manifiesto expongo los motivos ce me llevaron a la rebeldía. Esta es mi triste istoria. Asta no ace muxo tiempo, yo vivía como cualcier otro fictiziano de la ziudad: por las mañanas recorría sus calles, en las tardes me instalaba en su puerto ansioso por la llegada de los marinos i de escuxar sus relatos; por las noxes, cansado, me sentaba en una butaca del café para conversar con algùn parrociano sobre las cosas más triviales. Como se ve, mi vida flotaba en un mar de trancilidad.

Una vida regalada, diría cualciera, i en verdad ce lo era. No abía nada de cé preocuparme, ¡ni de cé pensar! Parezía ce todo abía sido exo a mi manera, en la medida justa de mis sentidos. No existía para mí, más allá d'ese puerto, i d'ese mar tan insondable, más vida ce la mía. Eran sus aguas tan azules, su zielo tan límpido i sus nubezitas tan blancas, ce mi disposición poética se inclinaba a la exploración de mí mismo. Naturalmente, mi ser, yo mismo, no teniendo otra cosa c'azer, dezidió un buen día poner por escrito todo acello ce sentía en lo profundo de sus entrañas. Ací naze´l jermen de mi rebelión.

No contaba yo con ce mi ziudad estaba alejada del mundo (¡cómo podría saberlo entonzes!) enclavada en una remota baía, mui distante del mundo conozido. Tenía yo en mi casita un anacel donde guardaba atesoradamente unos viejos libros franzeses (con sinzeridad, tenía casi de todas las nazionalidades, pero abían sido escritos muxos, muxos años atrás), ce mis amigos marinos abían traído consigo de más allá del mar, i c'imaginaba yo era lo último ce se abía escrito por acellos lares. Con la ayuda d'estos me perfexioné en el arte del escriba. Mis poemas eran, literalmente, desgarradores, patéticos i con aire sabiondo. E ací una muestra:

*En esta ocedad divina
antielectrones del día
umor de naranja
subentropía
tenis.*

Sin duda alguna, una pieza maestra d'arte surrealista, pero pronto me di cuenta de c'este jénero literario no era mi fuerte, aunce mi talento era evidente. Descubrí, atónito, ce mis dotes reclamaban un esfuerzo mayor ce los ejerzitase. El cuento, sí, el cuento literario era justamente lo ce nezesitaba. Así ce me decidí a poner en prosa las más graves composiziones existenziales. En mis narraciones libres, las tragedias existenziales estaban a la orden del día, exaltaban cada una de mis cualidades i defectos. No podía ser d'otra manera. ¿No me creen? Lean:

«REPLETO DE MÍ, asediado en mi piel por un dios inalcanzable ce me unde, e descubiertu como resuzitar el milagro de la vida a partir de lo más seco del Ades. I aora estoi acá, peceño demente, tan sabiondo como ayer. Mi zerebro l'a visto todo –por ende, dejemos ce aflore–: lo sé todo con inacabable empeño; i luego de tantos i tan largos desvelos (Medizina, Jurisprudenzia, Filosofía... ¡ai! i también tú Teología). Nada ai más trazendental, es mi hipótesis, de c'aya dejado d'ablar en plural i volver a ser yo. En conclusión, la locura está desmembrando mis variadas fazetas, i más temprano ce tarde despertará. El miedo, pobre de mí, de ce la bebida sea venenosa i ce'n mis arterias el fantasma cual justiziero sus molaes inserte».

¡Mordaz! ¿Cién se atreve a dezir ce no? Al puro estilo fictiziano. Goetiano asta los canutillos. Pero Goete aze zientos d'años ce murió. E allí mi primer error. I sin embargo me negaba ázeptar esa cruda realidad. ¡No, no, no es posible! Semejante monumento no podría aber muerto como un ombre más: ¡Es eterno! Mis amigos parrochianos apoyaban mis opiniones, para muxos clarividentes, i en conjunto dezidimos convertirnos en los guardianes del saber i la composición. ¡Truene, llueve o relampagee, nuestros ideales permanecerán incólumes! Entonzes emprendimos una cruzada por la defensa de nuestros ideales. Juramos ce sería a morir. Éramos nosotros contra'l Mundo. ¡Épico!

Así ce nos abíamos jurado ce cualcier foráneo ce llegara a la ziuudad tendría ce ser expulsado, so pena de sufrir la muerte si se empezinaba en permanecer en la baía. Era en serio. No fueron pocos los ce sintieron la reziedumbre de nuestros puños. Uno a uno, los expulsábamos bajo las más penosas diatribas, las peleas más fieras. En ocasiones salíamos nosotros mismos eridos por la impetuosidad de nuestras reyeratas. ¡Éramos el escuadrón demoledor! Todos en la ziuudad nos temían. La fuerza nos daba ese derexo. Gobernábamos a nuestras anxas, i nos reíamos de los noveles ce amenazaban nuestro poder. Muxos d'ellos jamás volvieron a tomar la pluma grazias a nuestras amenazas. ¡Cé ecivocado estaba en ese entonzes! ¡Mea culpa, mea culpa, mea culpa!

Yo siempre creí c'estaba en lo zierto. Mis maestros me daban ese derexo. Tenía yo, como dije antes, en mi anacel ese montón de libros d'inizios i mediados del siglo XX ce me daban la razón: Era un umanista. Su estilo, su filosofía, me justificaban. Cómo abría yo d'abjurar, por ejemplo, de “La Nausea”, d'acel pensador francés. Impensable. Existíamos nosotros nada más. Los objetos, la naturaleza i las demás cosas del Universo eran eso, objetos, i apenas merezían una simple descripción en mis relatos. Toda la atención del mundo abría d'estar sobre mí, sobre mí ser, i de éste las palabras, la filosofía, la zienza, ¡todo!, tendría ce fluir azia fuera. Primero sería yo. Ablaría de mí, de mis situaciones, mis pasiones, buenas o malas, i de los efectos de éstas azia los demás. No les estoi mintiendo. Creo ce ácido contundente con lo c'escribí allá arriba, en el relato anterior.

I no sea crea ce no era romántico. Lo soi. ¡A, el amor, el amor, sí, el amor! ¡Cién no áderramado una sola lágrima por él! I yo ácido cien más las áderramado. ¿Dante? ¡Por favor! ¡A, me tientan, me tientan! Pe-

ro no caeré en sus trampas. Cé importan las trampas si en mis narraciones prima la existenzialidad antes ce las demás cosas del Universo. Sí, ´sido mui mujeriego, desde jovenzito, cuando apenas tenía pelo en pexo. Me gustan las mujeres, ¡a cién no! A menos ce seas un... Ni eso importa tampoco. El mundo es libre, i cada cien escoje lo ce ciere ser. ¡Cómo juzgar a otros si yo mismo estoi xapaleando en el lodo! Pero ese es otro cuento. Como dezía, yo ´sido siempre mui mujeriego –muchas fictizianas podrían atestiguarlo–, razón por la cual mi vida ´estado llena de ires i venires (vaivenes, pues, para dezirlo literariamente). Como me gusta dezirlo: mi corazón a sido desgarrado por el amor. Es zierto. I esta ´sido otra de las causas ce me llevaron a la rebeldía.

Ésta prima sobre las demás cosas. Muxas an sido las noxes ce ´pasado en vela por culpa del amor. E llorado como un niño, pero e sido feliz. Ahora se me vienen recuerdos d´esos días de mi primera juventud cuando todo jiraba en torno de mí sin ce yo me diera cuenta siciera lo más mínimo de cé era lo c´ocurría. Como buen romántico, nada ce no fuera´l objeto de mi amor me importaba. ¡Era atrevido! Un día me enamoré d´una jovenzita bella, blanca (a la europea), como a mí me gustan (mas e sido feliz sólo con las indias), ce solía reposar en el puerto. Esa vez mi aspecto aindiado fue mi peor enemigo. Ella, se veía, tenía clase, glamur, sofisticación. ¡I cómo no! Me exitaba con tan sólo rozar esa piel blanca como la nieve. Era una delizia. Pero ella abía dixo ce yo era un “indito” nomás, i ce jamás pondría sus ojos en mí. ¡Palabra fatal! ¡Un indio! Abría ce cambiar entonzes, me dije. Dejé a un lado mi uacalito, me conseguí un smocing, me lamí el pelo (la gomina me sentaba horrible), i dezidí emprender la concista.

La primera impresión c´ ella tuvo de mí le sentó mui mal, imajino, pues en uno de sus accesos de risa ce delicadamente me obseció, varios de sus amigos tuvieron ce sostenerla para ce no cayera desmayada en el suelo. Siempre ´sido un ombre sereno, así ce no me sentí afectado por dixo episodio. La tenazidad lo puede todo. ¡Palabra santa! Ella no contaba con ce yo poseyera un arma letal: la literatura. Así c´emprendí de nuevo el asedio. Tras una larga noxe de desvelo, calurosa i cruel (cruel porce yo ni siciera fumaba, i no tenía con c´entretenerme en los ratos de vazío, más el fastidio ardiente de la vaporización), arreglé una de mis composiciones más logradas:

«...Con el paso de los años, la jente del pueblo, al observar acel ermoso rosal escarlata, empezó a contar, en un silencioso murmullo, la istoria trájica de acel joven ce s´abía enamorado de la rosa púrpura. Dezían ce´l joven abía muerto d´amor antes ce de los escopetazos».

N´ai ce dezir más. Ella cayó, esta vez, en mis brazos. Abía sido un golpe audaz. Su corazón, futilísimo, no resistió el encanto. Pero no se crea ce la vida con ella fue fázil, no, ni siciera se lo imajinan. Los primeros días fueron de rosa. Como ya no me engominaba el pelo, las ebras empezaron a erizárseme arriba abajo i por todos lados. Al prinzipio me avergonzaba, pero cuando un día me di cuenta de c´ella disfrutaba de palmearme con tiento arriba de la cabeza, me dije: ¡Al diablo la engomi-

na! Después de todo soi un indio bello. Pero pasaron los días, i aunc'ella estuviera súper enamorada de mí, yo empecé a tener escrúpulos. La piel blanca c'antes me seduzía, aora ce lo veía bien, parecía de lexe. ¡I yo soi alérjico a la lexe! «Mas», se preguntarán ustedes: «¿cé tiene ce ver esto con tu rebelión?». Aí está'l asunto. Yo suelo ecivocarme siempre, en todo, con la primera impresión. Ella m'abía gustado al prinzipio, porce me impresionó, pero ya después, analizando bien el asunto, en realidad no era para tanto. Luego comprendí donde abía estado mi error.

Una noxe, d'esas en las c'uno anda mui perzeptivo, después de salir del café, caminando junto'l puerto, teniendo de fondo ese mar interminable, abía yo escuxado una narración de mi amigo Jorge, el cuentero, cien nos abía exo pasar (no puedo dezir ce felizmente) una velada, diría, sin aburrimiento, cuyo tema no zesaba de repetirse en mi mente. Me puse a observar detenidamente'l argumento de la narración. El tema, como'l de siempre, abía estado zentrado en algo artamente conozido por mí i por los demás. Toda la narración abía estado zentrada en el manejo de nuestras impresiones en relación con situaciones cotidianas, incluso aparecieron en su discurso los sueños ce por las noxes nos atormentaban. La narración era libre i corta i, se entiende, no debía ser profunda. Luego empezamos todos a narrar nuestras propias composiciones: se relataba en ellas las experiencias caseras por las ce abían pasado nuestros ermanos, tíos, abuelo, abuela, nietos, vezinos, extranjeros, el perro, el gato, en fin, casos de la vida real, cotidianos... Nada de cé asombrarse. Digo entonzes ce prácticamente abíamos ablado de nosotros mismos. Me abían parezido todas buenas, algunas asta exelentes, pero, como dije, ya estudiándolas detenidamente, pude advertir ce todas abían sido narradas empleando un mismo material, una misma plataforma.

Como dezirlo (yo no soi critico literario), m'abía parezido ce nuestros relatos estaban enfocados en temas, por una parte, demasiado repetitivos i desgastados, elaborados a partir, si mal no recuerdo aber dixo, d'una misma base material, con motivos ya utilizados asta la saziedad por muxos anteriormente, cienes, para desgrazia nuestra, ya abían alcanzado la forma perfecta de dixos relatos, i ce después d'ellos, de seguir utilizándose, sólo podría enjendrarse decadenzia, pues su ciclo llegó a término una vez ce las obras abían alcanzado su perfexión. Además, por los relatos de los marineros ce venían desde lejos, pude advertir ce los tiempos exigían otro tipo de material d'exploración. No obstante, para mí felicidad, también advertí ce'l ecilibrio entre forma e idea de nuestros relatos era'l adecuado, i ce con otra materia prima, se podrían azer cosas muxo mayores ce las c'actualmente se abían exo.

Segía caminando por el malecón, reflexionando sobre este asunto, con mis pelitos erizados por la brisa marina, cuando mis ojos se toparon con la inmensidad del mar. Recordás cuando de niño te preguntabás: ¿Cé abrá más allá d'ese mar? ¿Existirán tierras, montañas imponentes, i en ellas ombres ce las escalen con esfuerzo, evadiendo un montón de peligros? ¿Abrá lugares remotos ce descubrir, ce narrar acaso? ¿Abrá más allá hombres c'ayan descubierto algo nuevo? ¿Podría yo

narrarlos, describirlos? ¿I este zielo? ¿Flotaré yo solo en este inmenso espazio? ¿L'abrá explorado ya algien? No mereze acaso una letra de mi torpe plumilla. ¿I ací, bajo mis pies, esta arenilla incontable, cé tiene ce dezirme? ¡O, mirá cien va allí, arrastrándose contra las dunas, un cangrejo azul! Ja, ja.

Esa sola visión d'un Universo vivo me dejó extasiado. Era como una espezie de romantizismo. Pero no lo era; abía una diferenzia entre esta nueva impresión i'l último: yo ya estaba avisado de lo ce abía sido el romantizismo. Abía ce trabajar las formas sobre una base distinta de acél. ¿Cizá abía ce trabajar sobre bases istóricas, sicolójicas, zientíficas, etzétera, cé se yo? El jenio escojerá el camino. I ai tanta materia prima en ce trabajar. Segía caminando, i, aún en la oscuridad, con los ojos fijos en el firmamento, recordé una vieja frase d'estudio: la vida tiene color, fuerza, dinamismo, axiones i móviles ansiosas por ser descritas. I las palabras, como la vida, tienen esenzia propia. ¿I cé abía estado yo aziendo todos estos días? ¡Pues ablando de mí mismo i de mis problemas! ¡No era acaso yo un ínfimo ser en todo este Universo lleno de vida, color i axión! Si bien es zierto ce cizá algien podría interesarse por mis eternas situaciones existenziales, la verdad es ce nadie alijeraría el paso por leer un libro de zien pájinas ce ablasen sobre ellas. Entonzes comprendí ce debía azerme a un lado, i ce debía explorar otros senderos.

Abía sido culpa mía, por mi zegera, i fue duro azeptarlo. Me dije ce abandonaría el escuadrón, i lo cumplí, no si antes aber sido amenazado con la muerte por traidor. E sido espiado i perseguido asta'l sol de oi. ¡O, ziegos! Están igual ce yo. ¡Con cé autoridad podría señalarles a otros el camino si yo mismo ando en tinieblas! Triste situación. Pero, aun así, me negaba a reconozerlo. Mas todas estas reflexiones segian martillándome el zerebro, i sumado a ello la frustrazión del fallido romanze con la guera, pensé ce ya era tiempo de ce mis fuerzas i entusiasmos se abrieran paso a la imaginación, explorando esos nuevos mundos. Estaba arto de mí mismo i de mis zircunstanziyas. Ablé d'ello con mis amigos. ¡Estás loco!, me dijeron. ¡Cé me importa a mí lo ce ocurre en la Xina! No son acaso más importantes nuestras zircunstanziyas, dixo con modestia, exepzionales. ¡Delirás, muxaxo! ¿Color, fuerza, dinamismo? ¡Sí nosotros lo tenemos todo! ¿Cé cerés ce te narre un episodio sobre ríos embravezidos, caballos jadeantes, i exos de personajes raros de la Istoria? ¿Un cómic? ¿Es eso lo ce cerés? ¿Sabes cé? Antes prefiero ablar sobre'l piano de mí abuela i la silla vieja en la ce se sentaba a tocar. No ves, lelo, c'es más interesante ablar sobre lo ce yo pienso i siento azerca de las cosas.

Al escuxar acellas palabras, el mundo se me vino enzima. Ya no abía cupo para mí en la ziudad. Un jiro de trezientos sesenta grados en mi vida. Lo suzesos trájicos ce ocurrieron luego d'esta conversazión fueron determinantes para ce yo dezidiera marxarme. ¡Pero, o Destino, cién podrá entenderte! Como me opuse a la forma de pensar de mis amigos, éstos empezaron a discriminarme, incluso a perseguirme, imbuyéndose en la caza del rebelde soñador. Me empené en partir lo más pronto posible, pues las condiziones se abían vuelto insoportables asta para'l más fuerte, i juré ce nada me detendría en la búsceda de nuevas for-

mas, nuevas figuras i nuevos esenarios. Para ello tendría ce reinventarme, i largarme de la ziudad. ¿I cómo azerlo? Nezesitaría un barco. Ya para entonzes era un rebelde velado en la comunidad.

Fue entonzes cuando dezidí, injenuamente, ir a las autoridades de mi ziudad, Fictizia, para ce me alcilaran un bote, me extendieran el pasaporte, i así marxar rumbo azia esos lugares ignorados. Su respuesta, seca, fue ce no, advirtiéndome ce si segía ablando mis narizes irían a parar a la cárzel i'l infierno. Eso me enfurezió tanto, ce me declaré en permanente estado de rebelión. Fui un tonto. Otro error fatal. Debí aberme callado desde'l prinzipio. No tardó muxo para ce los mastines del escuadrón, esos mismos ce yo abía creado, salieran furiosos azexarme.

No abía escapatoria. Debía rendirme, callar i sufrir en silencio mi verdad. Pero la tenacidad, ¡a, esa amiga fiel!, aparezió para consolarme. ¿Por cé no construís vos mismo el bote?, me dijo. Sí, construiría la nave yo mismo, con mis propias manos. Una vez abía escuxado ce'l mundo era de los audazes, i realmente llegé a creer, en esos días, c'era zierto, pues cerca del astillero abía un escondite, como enviado del zielo, perfecto para fabricar el bote, además de bastante madera. Trabajé en él todas las noxes d'una semana. Volví a engañarme. Ya para acabarlo, fui descubierto. Nada más imposible. Se me acusó de conspiración.

A rastras, fui llevado al calabozo. Pasé tres días en una oscura zelda, viviendo entre ratas i cucaraxas. Pero las ansias de libertad eran superiores a cualcier represión. Dos días después, abía escapado cortando los barrotes con una segeta improvisada c'abía fabricado d'un cuxillo del comedor. Estaba dezidido a largarme. No me daría por venzido, i comenzé a fabricar otro bote, más allá del astillero.

Sin embargo el escuadrón demoledor corría presuroso a desollarme. Sus pisotones resonaban tan zerca de mí, ce podía escuxarlos a dezenas de metros de distancia, sintiendo su osca respiración atrás de mi nuca. A menudo tuve ce cambiar de domicilio para evitar sus puñales. Otra vez fue imposible.

Me cojieron una fría madrugada lejos del astillero, a un pie para embarcarme. Antes abía visto la baía i respirado ondo, por la nostalgia. Abía caminado por la playa, arrastrando el bote, con las lágrimas rodándome por la cara i las olas golpeándome en las pantorrillas, cuando aparezió el escuadrón demoledor. Me atraparon.

Ese fue mi fin.

Oi estoí ací, injustamente enzerrado en el Faro, aziendo pública mi rebelión contra'l orden establecido en Fictizia, soñando con mi pronta liberación. Escrito este manifiesto en sus fríos calabozos, para dolor mío con migajas de pan blanco remojadas en lexe. ¿Cé me mandarán a ejecutar por sedizioso? ¡No me importa! ¡Cé más da! Si desde ce me rebelé la primera vez mis uestos, triturados por los mastines, ¡ai de mí!, del escuadrón demoledor, an conozido todas las prisiones del puerto. Mas mi ánimo i espíritu continúan indemnes, esperando la llegada d'esa nueva jeneración ce vendrá a rescatarme, aziéndome justizia. En tanto, mis ojos, a través d'estos barrotes oxidados, sigen extasiándose por la belleza d'ese Universo vivo.

—oOo—

AI ORO EN VOS

Ai etapas en la vida,
ce son mui difiziles,
lóbregas, disímiles,
desalmadas i jamás vividas,
d´esas cuando el llanto baja e inunda las narigeras,
i los surcos de aflixión no zesan
de deformarte la frente i encórvate las vertebras.

A cada paso ce das,
un mal augurio,
al abrir de boca,
un perjurio,
al acometer una empresa,
el fracaso,
la derrota.

Se tira uno al piso
desesperado,
sin auxilio,
solo,
abandonado.

El mundo se ríe de vos,
la jente desde sus casas
se ufana,
«Ai va el pobre ombre
i su mala pata»;
otros azen de vos
un sarcasmo,
un dixo público,
un miserable umano.

Entonzes i más ce nunca
aferráte a la Vida,
animáte,
ocupáte
en lo ce sabés azer,
caminá,
no dejés a tu fe amortezar.

Ziertamente,
te lo digo cedo,
ai un Dios en los zielos,
te lo aseguro,
t'escuxará,
ablále,
contále tus penas,
pedíle,
i pronto verás
ce d'entre la más negra de las borrascas,
ce d'entre la más insalvable de las situaciones,
ce d'entre la más gigantesca i demoledora desesperanza,
una luz,
tenue al prinzipio,
incluso a vezes apagada por sepa Dios cé artificios,
comenzará a fulgurar sobre tu andurrial.

La penumbra se alejará,
el Sol azenderá,
tus enemigos ocultos se revelarán
i una fuerza misma los arrasará.
Se agrandarán tus nervios,
tus músculos,
el zerebro,
i la fortuna te zeñirá.

Porce en tu interior
ai oro en vos,
un oro ce nezesitó ser refinado,
lo sé yo mismo,
formado,
pulido,
escojido,
para llegar a ser amado.

Da las grazias al Altísimo,
no seas mezcino,
tampoco presuntuoso,
sé jeneroso con los pobres i los umildes,
es dezir, con vos mismo,
no olvidés,
perdoná a tus enemigos,
regozijáte de tu triunfo
azé más amigos,
i a todos contáles a sotavoz
como un ombre de pluma i tinta
te dijo,
cuando nadie te daba un zinco,
c'abía oro en vos.

—oOo—

*Con esta bienaventuranza,
mi amado leedor
te doi mis eternas grazias
i con zimbales, drones,
más uno c'otro instrumento de viento
me despido de vos medio contento
¡a!, no sin antes pedirte
ce me regalés, si de tu agrado fui,
antes d'irte,
una oración al Altísimo para mí.*

FINIS